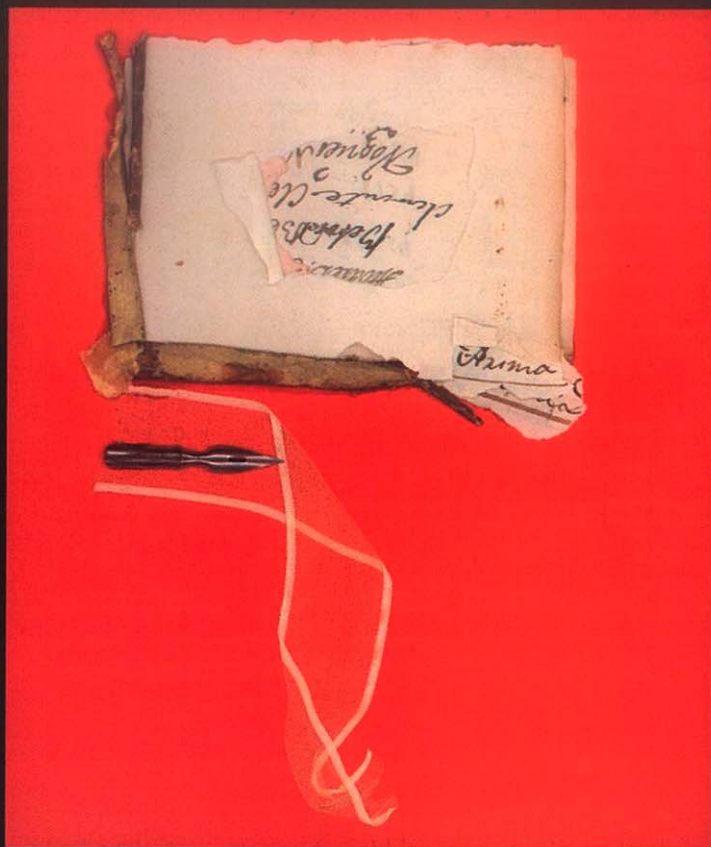


Roberto Hoya



Paisaje interior con letras

Vademécum para el viajero del
Camino de la Lengua Castellana

Paisaje interior

con letras

Roberto Hoya

Paisaje interior con letras

Vademécum
para el viajero del
CAMINO DE LA LENGUA CASTELLANA



Fundación CAMINO DE LA LENGUA CASTELLANA
www.caminodelalengua.com

© Roberto Hoya, 2000
robertohoy@wanadoo.es

Portada: Rol Estudio
Impresión: Gráficas Ochoa, S.A.

ISBN: 84-932377-0-1
Depósito Legal: LR-430-2001
Impreso en España

Índice

I		
EL EQUIPAJE	9
II		
JORNADA DE SAN MILLÁN DE LA COGOLLA - LA RIOJA	15
III		
JORNADA DE SANTO DOMINGO DE SILOS - BURGOS	35
IV		
JORNADA DE VALLADOLID	53
V		
JORNADA DE SALAMANCA	73
VI		
JORNADA DE ÁVILA	97
VII		
JORNADA DE ALCALÁ DE HENARES - MADRID	119
VIII		
LOS RECUERDOS	141

I

El equipaje

Parece acertado creer que antes de que surgiera el lenguaje sólo existían los resoplos de los animales y los retumbos de la tierra. Gañidos, gorjeos y bramidos que se abrían paso entre el viento y demás ruidos producidos por los fenómenos naturales. Cuando el animal más evolucionado empezó a modular sonidos que superan a aquellos asociados a los aspavientos y al esfuerzo muscular, apareció el habla y también el hombre.

Gracias a su capacidad intelectual, los humanos fueron superando el baladro, haciendo vibrar con más perspicacia las cuerdas vocales, modelando el grito para darle forma. Se ha dicho que donde termina la interjección empieza el lenguaje, un universo basado en la combinatoria de impresiones sonoras que dan lugar a palabras, que a su vez componen frases; una creación prodigiosa por la cual se puede transmitir información, expresar ideas, exteriorizar sentimientos.

También parece atinado pensar que el nacimiento del lenguaje obedece a la búsqueda de apoyo del ser humano en sus semejantes, a la habilidad para cooperar y asociarse a fin de generar y compartir recursos que alivien el peso de la existencia. Por eso no es exagerado afirmar que el valor primigenio sobre el que se articula la convivencia, el puntal a partir del cual se construye la sociedad es la comunicación.

Pero a pesar de su inmenso valor, el habla, como cualquier otra vibración, está sometida a las leyes físicas que la encierran en una burbuja de aire, una pompa frágil y perecedera que obliga a la expresión oral a tener que reafirmarse constantemente para poder trascender, porque las palabras, como es sabido, se las lleva el tiempo.

Para poner remedio a esta fugacidad se inventó la caligrafía. Por medio de la escritura, el pensamiento y la emoción desbordaron los límites de la tradición oral y emprendieron un prodigioso viaje a través del porvenir. Con la expresión escrita se pierden los juegos de la entonación, la frescura de la espontaneidad y otras riquezas propias del verbo; pero se calcula mejor el ritmo, se ajusta más el sentido y se labra artesanalmente el estilo.

Habla y escritura, dos códigos —hay más— con los que indagar en el vasto potencial interior del ser humano e intentar traducir con la mayor precisión posible nuestra realidad. Habla y escritura, dos herramientas que durante siglos llevan prestando al hombre una ayuda inmensa, casi milagrosa. Junto a esta consideración debemos admitir también que el lenguaje es una creación tan compleja como limitada, tan relacionadora como torpe, tan universal como singular, tan innata como aprendida; y el punto más tupido de la selva lo constituye el lenguaje emocional, verdadero galimatías en el que ni uno mismo reconoce su voz y espera, sin embargo, que la reconozca el otro.

A la luz de esta complejidad, cualquier juicio sobre el oficio de escritor —obstinado leyente de los relámpagos del alma— implica necesariamente un reconocimiento al esfuerzo que supone el empeño por descifrar las claves del sentimiento.

Llegados aquí, quizá podamos admitir que quien esto escribe y tú que lo lees tenemos algo que ver; poco o mucho, todo depende de la importancia que le des al hecho de compartir el mismo idioma. Y si además de descifrar la escritura de las anteriores ideas preliminares, has encontrado algún guiño que no está demasiado lejos de tu mundo, ya es más que suficiente para que podamos caminar juntos; porque en cierto modo, sin habernos visto, nos conocemos...

Si sigues adelante vamos a recorrer el paisaje interior de las letras castellanas o españolas, como tú prefieras, cruzando los campos que fueron la médula de un imperio que se expandió por el mundo portando una lengua que hoy hablan

más de cuatrocientos millones de personas en una veintena de países.

Este itinerario no es el único posible; no hay solo un camino porque el paisaje del idioma castellano es muy extenso. Tampoco los escritores que nos van a acompañar, todos imprescindibles, son los únicos importantes; justo es decirlo, al comenzar, como homenaje a aquellos autores que no se citan aquí. Sin embargo, ten por seguro que en esta ruta encontraremos las huellas de los inicios del castellano, el rastro de su desarrollo, las vicisitudes de su esplendor y también el impulso hacia su difusión universal; es decir, hitos de primer orden de la historia del idioma español.

Y además, ten en cuenta que haremos parada y fonda en paisajes que no dudarás en calificar de excepcionales, paraderos labrados por la historia y el arte, rincones del mundo que la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura ha declarado *Patrimonio de la Humanidad*.

Ahora que podemos enfrentar nuestras miradas, quiero decirte que vamos a hacer el camino sin perdernos en los artificios de lo aparente. En cada paso recordaremos que éste es un viaje por el paisaje interior de la lengua, de las letras, de la literatura, que es como decir de la vida, de tu enjundia y de la mía.

«Viajar representa una de las más intensas delicias que nos consiente el destino. Por fugaz que sea el contacto de un viajero con un lugar extraño, equivale a unas nupcias que siempre engendran algo, un retoque de ideas preconcebidas o una confirmación de intuiciones». Esta meditación de Wenceslao Fernández Florez nos servirá de apoyo, por lo tanto no olvides tu proyecto, colócalo en el equipaje. Es lo imprescindible.

II

Jornada de San Millán
de la Cogolla - La Rioja

El español, como sabes, desciende de otro gran idioma, que ya murió, y del que heredó luces para el entendimiento, colores para la imaginación y para los sentidos, caligrafías y sonidos con los que procurar el acercamiento y dilatar la compañía; también nombres como el de Calahorra, antes *Calagurris*, donde nació en el año treinta Marcus Fabius Quintilianus, Quintiliano le decimos ahora, el maestro de retórica de singular reconocimiento en el Imperio Romano, el hombre que escribió la obra más completa sobre este arte fundamental: la *Institutionis Oratoriae*.

Al iniciar este camino explorador sobre el lenguaje, sobre nosotros, te propongo la ceremonia de sincronizar el paso con las palabras de Quintiliano, un aliento que ha atravesado el tiempo, casi veinte siglos, para llegar hasta ti y hasta mí con la lozanía de los asuntos cardinales.

Oratorem autem instituimus illum perfectum, qui esse nisi vir bonus non postest, ideoque non dicendi modo eximiam in eo facultatem, sed omnis animi virtutes exigimus.

Emprendemos, por consiguiente, la formación de ese orador perfecto que no puede serlo si no es un hombre honrado, y precisamente por esto no sólo exigimos en él la eximia dádiva del hablar, sino todas las virtudes del alma.

Ut idem sapientes atque eloquentes haberentur.

De suerte que sabios y elocuentes vengan a ser lo mismo.

M. F. Quintiliano

Recordarás que, según la Historia, aquel latín que se impuso a las diversas lenguas de la Península Ibérica fue perdiendo fuerza a raíz de las invasiones germánicas y árabes. En el norte derivó hacia el habla románica o romance y en el sur, hacia el mozárabe.

Las gentes de las tierras del alto Ebro, para comunicar sus ideas y sentimientos, fueron modelando, a partir del latín vulgar, un habla nueva que ganó fuerza y dio lugar a la lengua castellana, la de los pueblos de los castillos. Fue un proceso muy largo, una evolución lenta y persistente, que impide situar cronológicamente el surgimiento del castellano en un momento preciso. «Nunca podemos cortar por un punto y decir que ahí está el español recién nacido», explica Dámaso Alonso. La expresión escrita surgió después, al trasladar a letras lo que se hablaba en los castillos, en las plazas, en los mercados.

Del latín a la lengua romance, al castellano, la historia fluye paulatinamente, a veces oculta en el subterráneo de la memoria y otras ante la claridad minuciosa del cielo abierto. En el cenobio de San Millán de la Cogolla apareció un códice que contiene textos en latín a los que alguna pluma anónima añadió unas glosas con el fin de traducir varias palabras a la lengua que entonces hablaba y entendía el pueblo. El pulso del amanuense que dio forma a la disertación latina surcó el pergamino con pluma gruesa; así elaboró un cuerpo de letra de rasgos turgentes y reservó para los perfiles el aderezo de la sutileza; la mano del traductor que escribió al margen en lengua romance lo hizo con pluma fina, trazo ligero de peso y letra de menor tamaño y, sin pretenderlo, dejó para nosotros en unas *manchas de pluma* uno de los primeros testimonios que se conservan del idioma castellano: las *Glosas Emilianenses*.

.- *intellegentia abete.*- *que non potest dicere.*- *e los servicios.*- *ambas partes.*- *de fueras.*- *penas.*- *gemelo.*- *parescen.*- *fructibus.*- *quomodo.*- *muitas.*- *non separat.*- *ala.*- *de toda fortitudine.*- *aborrescet.*- *mulieres.*- *transtornare.*- *castigo.*- *pugna.*

Glosas Emilianenses

(Selección)

Filólogos, paleógrafos e historiadores, en sus investigaciones sobre los inicios del idioma castellano, calificaron las *Glosas Emilianenses* (Códice Emilianense 60) de la «más antigua aparición escrita, por ahora, de algo que no es latín y parece castellano» (Emilio Alarcos). Su datación precisa —se estima que fueron realizadas entre los siglos X y XI— sería decisiva para saber si son o no los escritos más antiguos. En este sentido, al siglo X también pertenece el manuscrito que se guarda en la Catedral de León, conocido como *Nodicia de Kesos*, en cuyo dorso hay una nota redactada en romance. Y entre los siglos IX y XII se escribieron los cartularios del Monasterio de Valpuesta (Burgos), documentos de pleitos, donaciones y ventas, que están en latín, pero con influencia de la lengua romance que se hablaba en el lugar.

Recientemente ha aparecido otro documento, el Códice Emilianense 46, fechado en el año 964. Tal hallazgo ha sido fruto del trabajo indagador de los hermanos García Turza, profesores de la Universidad de La Rioja. Se trata de un glosario que contiene palabras y frases romances, un amplio diccionario enciclopédico copiado en el escritorio de San Millán de la Cogolla, que viene a engrosar el patrimonio de los legajos primigenios de la lengua castellana y, por lo tanto, a nutrir de conocimiento los momentos iniciales de nuestro idioma.

Así que, aquí y ahora, en la modestia de estas tierras, podemos enlazar nuestras voces junto a aquellas que distinguen a estos lugares con la metáfora de cuna del idioma español.

academicus → *philosophus*
biblioteca → *ubi libri reconduntur*
affinio → *proximus*
evo seculo → *tempore*
ethica → *moralis, proprietas*
stilus → *scriptura*
Interior → *Ín fundo*
carmina → *musica*
claro → *prospero*
educator → *nutrito, alitor*
Ín animo → *Ín mente*
Hibria → *Spania*

Códice Emilianense 46

(Selección)

En San Millán de la Cogolla hay dos monasterios: el de Yuso, o de abajo, y el más antiguo que es el de Suso, o de arriba. En unas cuevas del sitio de Suso es donde el Santo Millán hizo vida eremítica, allá por el siglo VI. Tras ser enterrado, el emplazamiento se convirtió en lugar de culto y sobre las cavernas que habitó, se levantó el monasterio con su nombre y el apelativo de la Cogolla (capucha), que así se conoce al valle en el que está ubicado, porque una de las cumbres de los montes que le rodean se asemeja a la forma de una cogulla.

La fama de Suso fue calando hasta el punto de que numerosos monjes, peregrinos y devotos disponían que al finalizar sus días fueran inhumados junto al sepulcro de San Millán; así es como en la ladera del monte se asentó un gran cementerio. Quienes pudieron comprar el privilegio de ob-

tener sepultura más cerca del Santo descansaron en el interior del monasterio. En el atrio están las tumbas antropomorfas de los siete Infantes de Lara y de las tres Reinas de Navarra. Se cuenta que precisamente en este pórtico, allá por el siglo XIII, era donde recitaba sus rimas el primer poeta conocido de la lengua castellana. Hoy sabemos de él porque tuvo la ocurrencia de dejar en su obra los datos biográficos.

*Gonzalvo fue su nomme que fiz este tractado,
en Sant Millán de Suso fue de ninnez criado,
natural de Berceo, ond Sant Millán fue nado,
Dios guarde su alma del poder del pecado.*

Gonzalo de Berceo

Gonzalo de Berceo fue un clérigo adscrito a este monasterio, en origen rupestre, en el que se fueron sucediendo épocas, añadiendo ideas, trabando arquitecturas, acumulando vivencias. Las suyas las dejó plasmadas en unos trece mil versos escritos en romance, que era la lengua hablada por la gente del lugar, porque el latín lo desconocían. Escribió de los milagros marianos, del martirio de San Lorenzo y de la vida de los santos de estos parajes —San Millán, Santa Oria y Santo Domingo de Silos—, mostrando una visión candorosa del mundo. Sus versos más famosos enaltecen el vino, el producto más apreciado de esta tierra.

*Quiero fer una prosa en roman paladino,
en qual suele el pueblo fablar con so vecino,
ca non so tan letrado por fer otro latino;
bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.*

Gonzalo de Berceo

Al pedir por un poema un vaso de buen vino, Gonzalo de Berceo establece, según escribe José María Pemán, «esa cotización y paridad vino-verso que será inalterable en los mercados de la depuración civilizada». Estos versos definen a Gonzalo de Berceo como un recitador «espontáneo, jovial, plástico e íntimo», escribe Azorín. Para Rubén Darío, Gonzalo de Berceo «tiene la libertad con el decoro, y vuelve, como al puño el jerifalte, trayendo del azul rimas de oro». Antonio Machado lo destaca como el primero en el libro *Mis poetas*.

*El primero es Gonzalo de Berceo llamado,
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,
que yendo en romería acaeció en un prado,
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.
Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,
y a San Millán, y a San Lorenzo y a Santa Oria,
y dijo: Mi dictado non es de juglaría;
escrito lo tenemos; es verdadera historia.
Su verso es dulce y grave; monótonas hileras
de chopos invernales en donde nada brilla;
renglones como surcos en pardas sementeras,
y lejos, las montañas azules de Castilla.
Él nos cuenta el repaire del romero cansado;
leyendo en santorales y libros de oración,
copiando historias viejas, nos dice su dictado,
mientras le sale afuera la luz del corazón.*

Antonio Machado

El otro monasterio de San Millán, el de Yuso, fue fundado en el siglo XI. La leyenda dice que su ubicación, justo debajo del monasterio de Suso, se debe a un hecho imprevisto. Cuenta que el rey García ordenó el traslado de las reliquias de San

Millán desde el monasterio de arriba al de Santa María La Real, en Nájera. Pero, una vez en el valle, los bueyes que tiraban del carro que transportaba la arqueta con las reliquias no quisieron avanzar más. El monarca interpretó este hecho como una señal divina y decidió que los restos del Santo se quedaran allí mismo, lugar en el que mandó construir el nuevo monasterio.

Yuso se erigió en importante centro cultural y religioso durante la Edad Media, atrayendo a peregrinos castellanos y navarros que veneraban como patrón a San Millán, al modo en que los leoneses y gallegos lo hacían con Santiago. Las reliquias, el claustro, la iglesia, el trascoro rococó, la sacristía, el refectorio, los lienzos y la imaginería confieren a este lugar una atmósfera dominada por la liturgia del paso de los siglos.

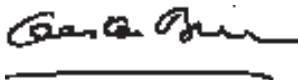
El monasterio de Yuso también se distingue por tener una de las más valiosas bibliotecas de la España monasterial, que se conserva tal y como quedó amueblada en el siglo XVIII, innovación que respetó la estancia denominada *El Infiernillo*, que era adonde iban a parar los libros censurados por la Inquisición. Contiene incunables, pergaminos medievales, libros arcaicos; en total unos diez mil volúmenes que suponen un gran compendio filosófico, histórico y literario. Así la vio Gaspar Melchor de Jovellanos:

Graciosa pieza, aunque no muy grande, dos órdenes de estantes divididos por un ándito, a que se sube por puertas laterales; todo el adorno, de orden jónico, cornisamento corrido, compartimentos con pilastras... Muchos y excelentes libros, sobre todo Biblias, Concilios, padres e historiadores eclesiásticos; hay también muchos de ciencia...

*Gaspar Melchor
de Jovellanos*

Lo que fue el *De profundis* del Monasterio de Yuso se ha transformado en el Salón de la Lengua, un espacio noble adornado con escudos y banderas del mundo hispanohablante, en el que se imparten conferencias y se celebran reuniones que tienen al idioma español como eje. Escritores e investigadores de la lengua se dan cita aquí con periodicidad. En este salón se reunieron, en las puertas del tercer milenio, las veintidós academias de la Lengua Española para aprobar por primera vez un texto consensuado en el que se supera la perspectiva peninsular de la doctrina ortográfica, consolidando así la unidad lingüística de uno de los idiomas más universales.

Lo que implica el español, como lengua, es una visión del mundo, pero una visión universal precisamente porque es un producto de muchos siglos de incorporación y asimilación de innumerables culturas(...) Es por su historia, desde que el romance primerizo tuvo que asimilar las traducciones de la filosofía griega a través del árabe, hasta que, ya en su juventud, tuvo que incorporar en su «organismo» los vocabularios jurídicos, políticos, técnicos que necesitaba precisamente como «Lengua del Imperio», sin contar el importante conjunto de conceptos tomados de las mismas lenguas americanas. Por ello, el español es un idioma filosófico «por constitución»: es imposible hablar en español sin filosofar.



Muy cerca de San Millán de la Cogolla, porque en La Rioja nada está lejos, en Santo Domingo de La Calzada, donde dicen que *cantó la gallina después de asada*, nació el es-

critor Gustavo Bueno. Con arreglo a su apreciación, si un teórico de Alejandría nos pudiera escuchar a ti, a mí, o a cualquier hispanohablante manejar palabras como *categoría*, *dialéctica* o *substancia*, creería ver en nosotros a un alumno o, según el caso, a un maestro de una escuela de filosofía. Gustavo Bueno, filósofo con mayúsculas, nos brinda la coartada del idioma para invitarnos a todos al cenáculo de su ciencia, donde los escritores ocupan un lugar destacado precisamente por ser impenitentes buscadores de la substancia, de aquello que está debajo de las cualidades o accidentes de la vida. Así lo expresa Francisco Ayala:

Lo propio del hombre de letras es escrutar con toda libertad el mundo, preguntarse por los últimos misterios, tratar de descubrir el sentido de la vida humana, el sentido de todo lo existente, y ofrecer sus intuiciones plasmadas en obra a la consideración de sus semejantes con objeto de despertar en ellos intuiciones o percepciones análogas.



Los monasterios de San Millán de la Cogolla son *Patrimonio de la Humanidad* y esta distinción abarca también el entorno natural que los rodea. Robles, encinas y hayas, árboles milenarios en donde fructifican las obsesiones creativas. Cerca de aquí, en Mansilla de la Sierra, la escritora Ana María Matute vivió los veranos de su niñez rodeada de estos árboles que vivificaron su imaginación. Ahora que el pantano ha anegado Mansilla, podemos encontrar la reminiscencia de la vieja aldea de sus antepasados en los pueblos de los alrededores que conservan el aspecto de antaño. De los hayedos,

los nogales y los chopos que permanecen sigue brotando la misma savia que alimentó en Ana María la naturaleza interior con la que concibió buena parte de su obra.

*El bosque es para mí el espacio de la imaginación y de la fantasía. En el bosque aprendí que la oscuridad brilla, más aún, resplandece; que los vuelos de los pájaros escriben en el aire anti-
quísimas palabras de donde han brotado todos los libros del mundo. Que existe el canto del bosque entero donde residen infinidad de historias que jamás se han escrito y acaso nunca se escribirán. Todas esas voces, esas palabras, sin oírse se conocen en el balanceo de las ramas, en la profundidad de las raíces que buscan el corazón del mundo.(...) El aire del bosque entero parece sacudido, vibra, se cruza de relámpagos, es la anti-
quísima voz que se eleva desde lo más profundo de la primera historia contada, es la historia de todas las historias que siempre quise contar.*

Si el reducto interior es la riqueza potencial de todo escritor, y la búsqueda de la substancia, el motor que le impulsa a escribir, el desasosiego frente a la realidad quizá sea para muchos el combustible cotidiano, esa ansiedad que es necesario quemar a cada instante para guardar fidelidad a un sueño.

Otro de los fundamentos del escritor es la inspiración. La tradición dice que el nombre de La Rioja está inspirado en un río, y el agua, como sabes, es el fluido que alimenta muchas leyendas. Aquí se cuenta que después del Diluvio Uni-

versal llegó a las costas del Mediterráneo un nieto de Noé que con su nave surcó las aguas del Ebro, río arriba, hasta llegar a La Rioja. No es de extrañar que una vez en esta tierra hiciera lo mismo que su abuelo al salir del arca, es decir, plantar una viña, beber su vino y... Camilo José Cela escribe acerca de la inspiración que presta el vino:

El vino enseña muchas cosas y el que es bueno tiene una sabia docencia.

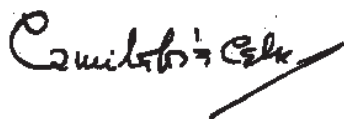
Dicen que con él se amasó la argamasa de los muros de la parroquia de Fuenmayor.

Y, viendo las torres desiguales de la iglesia de El ciego, sospecho que el salario de su maestro de obras incluía el vino libre.

El vino presta genio y valor al hombre y fue quien desató la inspiración del primer lírico en lengua española.

El color, el sabor y el aroma de los vinos ha creado una literatura metafórica de indudable belleza y sugerencia(...)

Tan hermosa y varia lección merecería que yo mojase la pluma en vino tinto, en un granate oscuro, casi azulado, y que luego rasguease sobre un papel sediento.

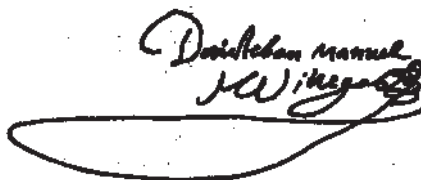
A handwritten signature in black ink that reads "Camilo José Cela". The signature is written in a cursive, slightly slanted style. A long, thin horizontal line is drawn below the signature, extending to the right.

La luz de la inspiración «puede depender —escribe Juan Benet— tanto de las facultades del artista como de la clase de campo que tiene que alumbrar. A más oscuro ese campo, menos cantidad de luz es necesaria para que los misterios que se esconden en aquél salten a la vista; y viceversa, el universo literario está constituido por una miríada de Edades Do-

radas y Siglos de las Luces en los que el foco más potente ya no será susceptible de descubrir nada nuevo».

Un esclarecedor de los escritores griegos y latinos, desde la perspectiva del Siglo de Oro, fue Estaban Manuel de Villegas, nacido en la villa riojana de Matute. Definido como anticulterano y satírico, criticado por jactancioso, reconocido por su espíritu renovador, Villegas fue precursor en la forja del estilo neoclásico. Escribió *Dissertationes criticae*, así como composiciones poéticas diversas bajo el título de *Eróticas*. Su entusiasmo por la innovación le llevó a adaptar la estrofa clásica al romance castellano.

*Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del abril florido,
vital aliento de la madre Venus,
céfiro blando.
Si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas y a mi ninfa dile,
dile que muero...*




Estaban Manuel
de Villegas

Con la voz, con la búsqueda, con la inventiva, con los recuerdos, con las utopías de todos los hombres, el autor va construyendo caminos que son renglones, va creando paisajes que son páginas en las que vive ese otro yo que cada escritor proyecta al mundo.

*Ni mi lengua brota espuma
atormentada del «estro»,
ni alquitrán baña mi pluma,
ni está mi juicio en secuestro;
ni en mi vida eché la zarpa
a los bordones de un arpa,
ni llamo divina trípode
a mi sillón de vaqueta
donde humilde me acomodo;
y con todo,
paso en Madrid por «poeta».
Nunca fue mi ministerio
copular con bruja hedionda,
y si evoco un cementerio
no hay miedo de que me responda.
No dejo crecer mis barbas
como en el siglo de Yarbas
ni vivir quiero a lo príncipe
sin tener una peseta,
que no soy tan delirante;
y no obstante,
quizá seré yo «poeta».*

*Manuel Bretón
de los Herreros.*

A handwritten signature in black ink, reading "Manuel Bretón de los Herreros." The signature is written in a cursive style and is underlined with a horizontal line. Below the line, there is a large, stylized flourish or initial that resembles a large letter 'S' or 'B'.

Manuel Bretón de los Herreros, nacido en la villa riojana de Quel, fue uno de los autores más fecundos de su tiempo: sus obras dramáticas superan el centenar —*A la vejez viruelas, El pelo de la dehesa, Muérete ¡ y verás! ...*—. Además escribió un gran número de composiciones poéticas, así como artículos de costumbres, de crítica teatral y musical.

Aparte de su dilatada capacidad creadora, Bretón influyó, desde los diferentes cargos que ocupó, en el devenir de instituciones como la Biblioteca Nacional y la Real Academia Española.

Bretón de los Herreros siempre fue fiel a las normas neoclásicas de su admirado Leandro Fernández de Moratín, desoyendo la estética preceptiva del romanticismo que en su tiempo cultivaron muchos autores. A su lado tuvo, entre otros, a su amigo Juan Eugenio Hartzenbusch, y enfrente, a Mariano José de Larra, autor con el que mantuvo profundas discrepancias en el modo de entender la literatura y la vida.

Las obras, las vivencias —de unos y de otros— van poblando la memoria colectiva y la tierra que horadamos, donde quedará la huella indeleble de su presencia. Son las andadas del largo camino de la humanidad, los pasos firmes de los antepasados que nos dejaron el rastro de sus vibraciones en las líneas inertes de la arquitectura; la pincelada de su luz, en la humedad agostada de un cuadro; los renglones de su voz, en las páginas pálidas de un libro. También en otros inventos —cada día surgen más— que trazan las ideas más allá de la caducidad de la memoria y hacen que el porvenir del pensamiento se alargue.

Dicen que pensamientos e imaginaciones son algo material que van dejando huella sensible en los lugares en que se han producido, y aun más allá; éste, que era en los tiempos amables misterio espiritual, intentan ahora profanarle los sabios, queriendo hacer de él cosa de placas y vibraciones, algo como un telégrafo de pura materia.

J. Martínez Sierra

Además del misterio espiritual, los sabios desvelan el misterio de la identidad en la creación literaria y afirman que quien escribió la novela de la que se entresaca la cita anterior, y gran parte de la producción que se publicó bajo el nombre de Gregorio Martínez Sierra, fue en realidad María de la O Lejárraga, esposa de Gregorio, de sobrenombre María Martínez Sierra, nacida en San Millán de la Cogolla.

María explicó que se trataba de una colaboración entre los dos, una simbiosis creativa al cincuenta por ciento, y se refiere a sí misma como a «la mitad superviviente de Martínez Sierra, esta mitad que, a fuerza de riojana, tiene más afición al chorizo que al merengue», argumentando así en contra de quienes apreciaban una dulzura excesiva, casi empalagosa, en la obra firmada por Gregorio Martínez Sierra.

Las emociones de la protagonista andan siempre revueltas y mezcladas, exaltadas y aplacadas con influencias que pudiéramos llamar telúricas, pero eso que podrá ser panteísmo, no es en modo alguno amerengamiento. Y depende, sencillamente, de que la protagonista en cuestión es tan mujer, es decir, tan hecha de tierra y apegada a la tierra que, como Anteo, de ella saca su fuerza y el impulso para todos sus pretextos vitales.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'María', with a horizontal line underneath it.

María, que además de escritora fue educadora y una de las primeras diputadas en la Segunda República, emigró de La Rioja a temprana edad. Más tarde, la Guerra Civil de 1936 la empujó al exilio en Francia de donde tuvo que huir por la persecución del nazismo. En Sudamérica encontró refugio. Alejada de su tierra, subsistió con graves problemas

económicos puesto que no le fueron reconocidos los derechos de autor de la prolífica y exitosa producción dramática y narrativa que alumbró. Quizá con el fin de nutrir el vigor de ese *impulso para los pretextos vitales* siempre llevó consigo un símbolo que la unía a su lugar de nacimiento; era una reproducción del retablo de San Millán de la Cogolla que presidió su escritorio hasta el día que, en Buenos Aires, se apagó su existencia.

*...y cómo huelen las flores
cuando una mujer se ha ido;
cuando todo, alma, jardín,
casa, se queda vacío...*

Juan R. Jiménez.

Estos versos, firmados por Juan Ramón Jiménez, cierran una de las novelas de María de la O Lejárraga, cuyo título, *Tú eres la paz*, responde también a una sugerencia del escritor de Moguer. En los estados de decaimiento del poeta, María trataba de infundirle fuerzas para luchar contra la melancolía apostando por *el triunfo de la poesía de la vida*. A juzgar por la correspondencia que mantenían hubo momentos en los que María llegó a ser la paz de Juan Ramón, esa paz necesaria que da el recuerdo y que en la distancia se reclama con la urgencia de un salvavidas: «Ay, María, no sé; en Bélgica, en Madrid, en París, en Carabanchel, donde sea, acuérdesse usted de mí... No se arrepienta usted de quererme..., Juan».

Con la evocación de la amistad entre estos dos escritores modernistas llegamos al final de la primera etapa del cami-

no. Dejemos ahora que la remembranza siga acompañándonos, porque los recuerdos y la noche siempre han mantenido buenas relaciones. Así, al iniciar el descanso, la memoria de esta tierra nos cubrirá con el susurro de un adiós, y tus retentivas y las mías nos guiarán al sueño.

*El dormir es como un puente
que va del hoy al mañana.
Por debajo, como un sueño,
pasa el agua, pasa el alma.*

Juan B. Jiménez.

III
Jornada de
Santo Domingo de Silos - Burgos

Comenzamos el trecho de Burgos en la Abadía de Santo Domingo de Silos donde se escribieron las *Glosas Silenses*, otro de los testimonios primeros de la lengua castellana. Se trata de un códice de finales del siglo XI, un texto penitencial latino con anotaciones expresadas en lengua romance, un habla que en estos primitivos escritos prelude el forjamiento de sus propios usos gramaticales.

Tanto el texto latín, como las glosas están escritas en letra visigótica y tienen la impronta de haber sido trazadas por la misma mano; de ahí deducen los expertos que el códice de las *Glosas Silenses* es una copia de un manuscrito anterior.

.- *Intrata.*- *poca.*- *agua.*- *qui non sapiendo.*- *asalutare*
. - *por la bebetura.*- *separatus.*- *memoria.*- *liveratos*
. - *juntare.*- *precio.*- *de las tierras.*

Glosas Silenses

(Selección)

Cuentan que en el lugar del monasterio de Silos existió otro pequeño cenobio, llamado de San Sebastián. Tras su decadencia el abad Domingo de Cañas, con el apoyo del rey castellano Fernando I, dirigió su restauración y lo transformó en uno de los núcleos religiosos y culturales más importantes de la región. El prior, con tal gobierno, legó a la

comunidad benedictina una economía saneada, unos edificios rehabilitados y también su nombre, conociéndose este convento en la posteridad como el de Santo Domingo de Silos.

*Quiero que lo sepades luego de la primera
cuya es la ystoria meter vos en carrera:
es de sancto Domingo toda bien verdadera,
el que dicen de Silos, que salva la frontera.*

Gonzalo de Berceo

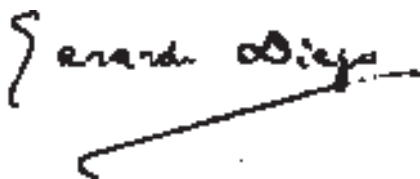
En estos primeros años del idioma castellano en los que la vida cultural fructifica al amparo de los monasterios, Gonzalo de Berceo pasó en Silos algún tiempo. Entre los legajos del convento se conserva una de sus obras, *La vida de Santo Domingo de Silos*, manuscrita por un coetáneo del autor.

Posteriormente, otros escritores buscaron cobijo aquí atraídos por la profunda quietud que envuelve este lugar. Federico García Lorca escribió «... se escuchaban sordos ruidos de sayales, tintinear de rosarios, cuchicheos misteriosos, escalas cromáticas de pasos que se apagaban en terciopelos profundos y silencios fuertes que sonaban a caricias de la inquietud». Gerardo Diego dijo sentirse cautivado por la paz del claustro y por la elegancia de un ciprés que comenzó a echar raíces en el siglo XIX. A este árbol dedicó el célebre soneto titulado *El Ciprés de Silos*:

*Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrella casi lanza
devanado a sí mismo en loco empeño.*

*Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.*

*Quando te vi, seño, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,
como tú, negra torre de arduos fillos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.*

A handwritten signature in black ink, reading "Gerardo Diego". The signature is written in a cursive, somewhat stylized script. Below the name, there is a long, horizontal, slightly curved line that extends to the right, resembling a flourish or a stylized underline.

Junto al olmo seco cantado por Antonio Machado, es el ciprés de Silos uno de los árboles más literarios del idioma español. Muchos han sido los poetas que lo han saludado con sus versos: «Silencioso, galán de la noche, árbol dulce y amigo...» / «Flauta con ternura de corazón de pájaro...» / «Oración vegetal, suspiro verde...» / «Aguja esbelta que hilvana estrellas...» / «Eterno vigía...» / «Árbol sonoro...» / «Inspiración y aliento del poeta...»

Además del ciprés, los rincones de la abadía han sido ensalzados con la sensibilidad poética, religiosa o intelectual de quienes han visitado este hueco de serenidad. Desde los capiteles hasta los bajorrelieves del claustro románico, los escritores han ido escrutando silencios y acariciando la estela del alma que

los siglos han guardado en estas piedras labradas con escenas místicas y con seres fantásticos de la iconografía medieval.

Tienen las figuras de los bajorrelieves majestuosidad de danza bruta y melancólica, la gravedad litúrgica de un oficio sagrado, el hieratismo inquietante de una visión celeste...

Federico Garcia Lorca

Rafael Alberti escuchó aquí, y se escuchó a sí mismo, en el diálogo entre la Virgen de Marzo y el Niño, figuras de piedra policromada situadas junto a la entrada del claustro.

— ¡Tan bonito como está,
Madre, el jardín, tan bonito;
¡Déjame bajar a él!
— ¿Para qué?
— Para dar un paseíto.
— Y, mientras, sin ti, ¿qué haré?
— Baja tú a los ventanales;
dos blancas malvas reales
en tu seno prenderé.
¡Déjame bajar, que quiero,
Madre, ser tu jardinero!

Rafael Alberti

Llegó a Silos Rafael Alberti en compañía de su hermano, con un cuadernillo de viaje en el que escribió a lo largo de la

ruta las canciones de *La amante*, su segundo libro. Miguel de Unamuno también aprovechó su estancia en este lugar de recogimiento para trabajar en las poesías de *El Cristo de Velázquez*, obra considerada entre las grandes de la literatura española posterior al Siglo de Oro.

*Conchas marinas de los siglos muertos,
repercuten los claustros los cantares
que, olas movientes de la eterna costa,
desde el destierro de la tierra se alzan
bregando por su paz las almas trémulas.*

A handwritten signature in black ink, reading "Miguel de Unamuno". The signature is written in a cursive, flowing style and is underlined with a single horizontal stroke.

Escribiendo y profundizando en conversaciones con los monjes, pasó Unamuno los días de Silos «a donde vine, hombre de guerra, —dice— a disfrutar de unos días de paz para poder tornar con nuevo empeño a la batalla, que es mi vida».

El tiempo de este convento se vive como una tregua, como un retiro silencioso a la fuente de donde mana el sosiego. Gerardo Diego regresó a Silos; Miguel de Unamuno, también. Este proceder es símbolo del necesario retorno a esos santuarios bucólicos en los que la imaginación del escritor se vivifica.

Otro de los auxilios que el convento ofrece para aplacar el pensamiento estriado, es el de la música. El oficio de vísperas cantado en gregoriano por los monjes de Silos es uno de los mejores estímulos para que la mente se encamine hacia el encuentro con ese soplo virtuoso que algunos llaman alma.

Tienen los monjes las cabezas dulcemente inclinadas sobre los breviarios. Están en el abismo de la austeridad musical. Entra luz potente por los ventanales. De todos los pechos, con el mismo ritmo y la misma acentuación grave, brota la melodía de severidad monumental. La melodía, como enorme columna de mármol negro que se perdiera entre las nubes, no tiene solución. Es accidentada y lisa, profunda y de un vago sentimiento interior. Van las voces recorriendo todas las melancolías tonales a través del mundo fantástico de las claves...

Federico Garcia Lorca

Seguimos el camino, salimos de Santo Domingo de Silos pisando tierra «adusta, fina y guerrera», *La Tierra de Alvar-gonzález*, que inmortalizó Antonio Machado. Pasamos por Salas de los Infantes como cruzando por la Edad Media, cuando el idioma castellano crece y muestra su evolución en otro de sus hitos, el romance de *Los siete Infantes de Lara*, cuyo autor desconocemos.

*Bien peleó en aquel día
Ruy Velázquez el de Lara,
ganó un escaño de oro
con rica tienda de Arabia;
al Conde García Fernández
se la envía presentada,
que le trate casamiento
con la linda doña Lambra.
Las bodas fueron en Burgos
las tornabodas en Salas;
en bodas y tornabodas,
pasaron siete semanas.*

Anónimo

Esta obra colmada de intrigas y venganzas narra el atormentado final de los siete hijos de don Gonzalo Gustios, que otorgó fuero a Salas. Según dan fe diferentes actas levantadas a lo largo del tiempo, sus cabezas se guardaron en una hornacina de la iglesia de Santa María de esta villa, y los cuerpos fueron sepultados en San Millán de la Cogolla.

Fue tan grande la divulgación y la aceptación del romance de *Los siete Infantes de Lara* que en el transcurso de los años se sucedieron muchas y variopintas secuelas literarias. Lope de Vega, entre otros autores, aportó su versión, y lo hizo con la dramatización titulada *El bastardo Mudarra y los siete Infantes de Lara*.

*Murieron los siete Infantes,
que eran la flor de Castilla;
sus cabezas lleva el moro,
en polvo y sangre teñidas.*



De Salas nos dirigimos a la capital del infantado de Covarrubias. «Lo de Cuevas Rubias no es gratuito —escribe Dionisio Ridruejo—. La arenisca rojiza queda constantemente excavada sobre el lecho del Arlanza, abriendo cavidades poco profundas de un oro que tira al cobre».

Covarrubias es la villa de Fernán González. Desde el torreón que lleva su nombre hasta la Colegiata, donde encontramos su sepulcro, todo está impregnado de la biografía de este conde que batalló por la independencia de Castilla. Sus hazañas inspiraron otro de los textos más importantes de la literatura medieval, escrito en el cercano Monasterio de San Pedro de Arlanza y conocido bajo el nombre de *Poema de Fernán González*.

*Villas y castillos tengo, - todos a mi mandar son:
de ellos me dejó mi padre, - de ellos me ganara yo;
las que me dejó el mi padre - poblélas de ricos hombres,
las que me ganara yo - poblélas de labradores;
quien no tenía más que un buey, - dábale otro, que eran dos;
al que casaba su hija - doile yo muy rico don;
cada día que amanece - por mí hacen oración,
no la hacían por el rey, - que no lo merece, no,
él les puso muchos pechos - y quitáraselos yo.*

Anónimo

En el camino que llevamos andado nos hemos encontrado con hitos singulares del idioma castellano, entre ellos los primeros escritos que se conservan y el primer autor conocido. Ahora, que llegamos a Burgos, nos topamos con la que está considerada primera creación literaria: un poema de gesta del siglo XII nacido del pasado histórico de estas tierras. Es *El Cantar de Mío Cid*.

*Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy Díaz entró.
Sesenta pendones lleva detrás el campeador.
Todos salían a verle, niño, mujer y varón,
A las ventanas de Burgos mucha gente se asomó.
¡Cuántos ojos que lloraban de grande que era el dolor!
Y de los labios de todos sale la misma razón:
«¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!»*

Anónimo

En el cerro en el que hoy están los restos del castillo, el Conde Don Diego, por orden del rey Alfonso, hizo levantar una fortificación que favoreció el asentamiento de los llamados burgos o poblados. De este proceder surgió Burgos, cabeza de Castilla, donde se casaron y coronaron reyes, se firmaron pactos y se celebraron cortes. En el cercano pueblo de Vivar, nació el Cid Campeador.

«Burgos y el Cid son una misma cosa —escribe Menéndez Pidal— porque el nombre y la fama del Campeador envuelven a Burgos». Ramón Menéndez Pidal es el analista más autorizado del *Mío Cid*, que a diferencia de otros cantares de gesta establece una estrecha aproximación entre el hecho histórico y el literario. El poema se ocupa menos del aspecto físico del protagonista —de lengua barba— y más de su condición moral. Audacia, fidelidad y mesura, siempre mesura, en los confines de la gloria y en el pozo del desánimo; así es el retrato del Cid y el de Burgos, idealizado y auténtico a la vez.

Sabemos por aforismo que la Poesía es más verdadera que la Historia; y es verdadera sobre todo la más antigua poesía heroica española, la que quiere lograr una lata identidad, siempre dentro de un vigoroso realismo. Es verdadero sobre todo al Poema del Cid, que, escrito para hombres que vivieron pocos años después del héroe, y tenían fresco su recuerdo, no puede mentir, aunque idealice.



Ramón Menéndez Pidal y su esposa, nacida en Burgos, llevaron a tal extremo la admiración hacia la figura del Cid que hicieron el viaje de novios siguiendo la ruta del *Mío Cid*, y hasta bautizaron Jimena a su hija.

El itinerario del Cid dentro de la ciudad de Burgos combina los lugares genuinos vividos por Rodrigo Díaz de Vivar —el arco de Santa María, puerta que atravesó camino del destierro, o el Solar del Cid, donde estuvo su residencia— con otros surgidos tras el albor de la leyenda y de la fama, como el puente de San Pablo, flanqueado por ocho figuras que representan a los personajes más cercanos al Cid, entre ellos su esposa doña Jimena. Este puente nos lleva a la Plaza del Mío Cid, en la que se alza la figura del Campeador a lomos de Babieca.

El sepulcro del Cid está en la Catedral Basílica Metropolitana, un magistral templo gótico construido con miles de filigranas de piedra que sustentan una idea espiritual del mundo. Canteros, carreteros, braceros, carpinteros, escultores, vidrieros, orfebres, rejeros... y un nutrido equipo de arquitectos —se habla de sesenta y cinco— levantaron a lo largo de cuatrocientos años este prodigioso santuario que ha sido declarado *Patrimonio de la Humanidad*.

En este lugar se ubicaron los sepulcros de algunos de los escritores burgaleses más distinguidos. Uno es el de Fernández de Villegas, otro el de Alonso de Cartagena. En una de las capillas figura el Cristo que según la tradición fue modelado por Nicodemo al desclavarlo de la Cruz. Rafael Alberti se detuvo ante este conmovedor poema de dolor y escribió los versos que tituló *El Cristo de Burgos*:

*Hoy no me mires a mí,
mañana nos miraremos.
¡Míralo, mi sola amiga,
míralo! ¡ Cómo lo han puesto!
Parece, mi sola amiga,
Que estoy bajo un sauce negro.*

.....

*¡Por mis más negros difuntos,
dime! No sé de qué eres,
Cristo moreno de Burgos,
No.
— De piel de búfalo dicen,
dicen que de piel de búfalo,
yo.*



El joven Alberti llega a Burgos para recitar sus poemas en el Ateneo. Según testimonio de la escritora burgalesa María Cruz Ebro, es ella quien le presenta a su amiga María Teresa León, también escritora y nacida en Logroño. Así y aquí comenzó la unión sentimental y creativa de Rafael Alberti y María Teresa León.

Estamos en abril, hace frío y nieva. El frío ha encogido los árboles, y hasta Fernán González y el Cid, rechonchos y cómicos, que veo al pasar el arco de Santa María, deben furiosos quedarse en su sitio cuidando las palomas supervivientes. Todo se ha puesto feo y negro. Los árboles han ganado en estatura, pero lo que es lo demás... Al paseo de la Isla, con sus casas ni bonitas ni desagradables, se le han puesto las fachadas llenas de arrugas. La gente que pasa va encogida, pareciéndoles una exageración estar contentos de ser burgaleses y una mala pata este destino bajo cero que los persigue.

Ami Teresa León

Para defenderse del frío, los burgaleses extendieron la ciudad hacia el mediodía, desde la ladera del cerro hasta encontrarse con el río Arlanzón, sobre el que fueron tendiendo puentes y cuyo cauce bordearon con largos paseos arbolados; El Espolón es uno de ellos. Azorín escribió que en Burgos se practica un verdadero culto al árbol.

El árbol se transforma en papel, la materia prima no literaria de la industria editorial. En esta ciudad surgieron buenos editores. El que alcanzó mayor renombre fue el asimismo escritor Saturnino Calleja, que publicó gran cantidad de cuentos e hizo popular la frase «Tienes más cuento que Calleja».

Fabrique Alemán, venido de Basilea, fue quien trajo la imprenta a Burgos; en 1485 imprimió la *Gramática* de Gutiérrez de Cerezo, abad de Oña, lugar del norte de Burgos que forma parte del paisaje embrionario del idioma castellano en el alto Ebro. En la subida a San Nicolás se conserva la casa de este *escribano de molde* cuya firma era Fabrique de Basi-

lea. Aquí se produjeron tempranas ediciones de destacadas obras literarias como *La Celestina*. El nuevo ingenio revolucionó la cultura e hizo posible que la palabra escrita alcanzara las más altas cotas de difusión.

El Premio Nobel de Literatura Camilo José Cela imprimió en Burgos la primera edición de su primera novela, *La familia de Pascual Duarte*, que supone, según opinión generalizada, el punto de partida de la narrativa de la posguerra española.

Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte. Hay hombres a quienes se les ordena marchar por el camino de las flores, y hombres a quienes se les manda tirar por el camino de los cardos y de las chumberas. Aquellos gozan de un mirar sereno y al aroma de su felicidad sonrían con la cara del inocente; estos otros sufren del sol violento de la llanura y arrugan el ceño como las alimañas por defenderse. Hay mucha diferencia entre adornarse las carnes con arrebol y colonia, y hacerlo con tatuajes que después nadie ha de borrar ya.

Camilo José Cela

El trayecto que hemos recorrido desde La Rioja hasta aquí coincide en lo fundamental con el Camino de Santiago, y Burgos es un punto clave en la ruta jacobea. Los burgaleses llegaron a levantar hasta veinticinco hospitales para pe-

regrios. El Hospital del Rey fue considerado el más importante del Camino de Santiago durante la Edad Media. Teresa de Jesús, al referirse a estos lugares de acogida, escribió: «Siempre había oído yo loar la caridad de esta ciudad, más no pensé que llegara a tanto». Luis de Góngora, que residió en Burgos a resultas de un cargo eclesiástico que le llevó a peregrinar por España, escribió acerca de un caminante enfermo que se enamoró donde fue hospedado:

*Descaminado, enfermo, peregrino,
en tenebrosa noche, con pie incierto,
la confusión pisando del desierto,
voces en vano dió, pasos sin tino.*

*Repetido latir, si no vecino,
distinto oyó de can siempre despierto,
y en pastoral albergue mal cubierto
piedad halló, si no halló camino.*

*Salió el sol, y entre armiños escondida,
somnia beldad con dulce saña
salteó al no bien sano pasajero:*

*pagará el hospedaje con la vida;
más le valiera error en la montaña
que morir de la suerte que yo muero.*



Y ahora que va a llegar la noche nos encaminamos, como los peregrinos, al lugar de reposo en que atender la llamada del cuerpo. Nos retiramos con el eco de estos espacios privilegiados, cargados de literatura y de historia, que nos convidan al recuerdo de los siglos. Volver la vista hacia atrás, co-

nocer el legado colectivo, es un ejercicio de retrospectión en el que se fundamenta la cultura; un adiestramiento que en lo personal alcanza el sabor agridulce del tiempo consumido, como nos recuerda Manuel de Lope, escritor burgalés contemporáneo.

Llega un momento en que la vida sólo puede ser considerada de forma retrospectiva: acontecimientos recientes, colinas resudadas, riscos escarpados de la juventud lejana, colinas nevadas del país imaginario de la infancia. A menudo había seguido con la delectación de un caminante alpino ese recorrido al revés. El retorno de los meandros de la llanura no era tan dichoso como la excursión matinal del pensamiento.



IV
Jornada de Valladolid

En el camino de la evolución del idioma castellano —que poco a poco va ganando al latín como medio de transmisión cultural y literaria— nos encontramos, en el siglo XIV, con el importante impulso de la obra de Don Juan Manuel, Infante de Castilla, sobrino del rey Alfonso X, del que se distancia en el hacer literario por una considerable agilidad y fluidez de estilo. Se le estima como el primer prosista castellano con estilo personal.

Este libro fizo Don Juan en manera de fabriella (...) es muy buen libro et muy aprovechoso et todas las razones que en él se contienen son dichas por muy buenas palabras et por muy fermosos latines que yo nunca oi decir en libro que fuese fecho en romance.

DON JUAN MANUEL

Orgullosa de su obra, didáctica y moral —*El libro del caballero y del escudero, El Conde Lucanor...*— ordenó que fuera copiada y guardada en el castillo de Peñafiel, en Valladolid, tierra que hoy visitamos.

El origen del vocablo Valladolid se halla embozado entre las vetas del tiempo. Dicen unos que proviene de *Valis oletum* (Valle de olor), llamado así por las muchas plantas aromáticas que en él crecían. Dicen otros que el moro Olit

tuvo sus dominios aquí y que su nombre engendró el de Valladolid.

En principio, fue Valladolid un pequeño asentamiento rural. Su condición de cruce de caminos de los cuatro ejes de la península favoreció el quehacer agrícola de sus vecinos, e impulsó el desarrollo artesanal y comercial. Tras la incorporación a la Corona de Castilla, la villa inicia un empuje decisivo culminado con el traslado de la Corte que trae consigo lo más granado de la nobleza, de la milicia y de la administración, además de los aristócratas de la picaresca, siempre dispuestos a correr tras la estela dineraria del poder.

*Llegué a Valladolid; registré luego
Desde el bonete al clavo de la mula;
Guardo el registro, que será mi bula
Contra el cuidado del señor don Diego.*

*Busqué la Corte en él, y yo estoy ciego,
O en la ciudad no está, o se disimula.
Celebrando dietas vi a la gula,
Que Platón para todos está en griego.*

*La lisonja hallé y la ceremonia
Con luto, idolatrados los caciques,
Amor sin fe, interés con sus viotes.*

*Todo se halla en esta Babilonia,
Como en botica, grandes alambiques,
Y más en ella títulos que botes.*

D. Luis de Rojas

Luis de Góngora y Argote —reconocido como creador de belleza, trabajador de la forma con la herramienta de los sentidos, representante del Culteranismo— coincidió en Valladolid con uno de sus más entusiastas oponentes: Francisco de Quevedo y Villegas, que siguió estudios en esta ciudad. Aquí comenzaron a intercambiar ambos, en renglones burlescos y satíricos, sus mutuas antipatías.

Quevedo escribió las páginas más intensas y profundas del barroco español. Representante del Conceptismo, nos dejó una buen cúmulo de ideas densas empacadas en la sobriedad de sus frases breves.

*Todo tras sí lo lleva el año breve
de la vida mortal, burlando el brío
al acero valiente, al mármol frío,
que contra el tiempo su dureza atreve.
Antes que sepa andar el pie se mueve
camino de la muerte, donde envió
mi vida oscura: pobre y turbio río
que negro mar con altas ondas bebe.
Todo corto momento es paso largo
que doy a mi pesar, en tal jornada,
pues parado y durmiendo siempre aguijo.
Breve suspiro, y último y amargo,
es la muerte forzosa y heredada:
mas si es ley y no pena, ¿qué me aflijo?*

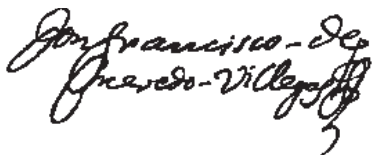
*Don Francisco de
Quevedo-Villegas*

«¡Qué vocablos nerviosos y linajudos, como potros finos, los de Quevedo!» —decía Eugenio d'Ors.

Quevedo cursó teología en la Universidad de Valladolid, en la que el idioma castellano encuentra el cauce para su difusión. Cuenta hoy esta Universidad con la biblioteca del Colegio de Santa Cruz —una de las más importantes del siglo xv— que alberga el *Beato de Valcavado*, códice mozárabe del año 970, y junto a él un buen número de manuscritos, incunables y libros raros: un importante tesoro cultural ideado por el mecenas Pedro González de Mendoza, poderoso y culto caballero que fundó esta institución para aquellos que «aunque dotados de ingenio y ansiosos de saber, no puedan consagrarse al cultivo de las letras, por su pobre condición».

(...)

*Es galán, y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan Cristiano como Moro.
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso Caballero
Es don Dinero.*

A handwritten signature in black ink, reading "Don Francisco de Quevedo-Villegas" with a flourish at the end.

Lope de Rueda, un batilhoja metido a actor, vino a Valladolid a representar en honor de Felipe II. Se quedó y fundó el primer corral de comedias de la ciudad. Escribió y dirigió el teatro más popular de su tiempo, comedias al gusto italiano y entremeses como éste en el que expresa los consejos de un viejo ladrón:

Ora mirá: en hallaros delante algún juez, si os preguntase: «Ven acá, ¿de dónde eres?» Luego le habéis de responder: «Señor, de un lugar de Castilla la Vieja», el primero que os viniere á la boca: Catad no digáis que sois andaluz, por la vida que tienen bellaquísima fama los andaluces, porque en decir andaluz luego lo tienen por ladrón; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin doblez de malicia. Si os preguntase cuánto ha que viniste, habéis de responder: «Señor, anoche llegué», aunque haga mil años que estéis en el pueblo. Y si porfiare: «Aquí hay quien hoy os ha visto», acudid de presto diciendo: «Mire, señor, que un diablo se parece á otros...»

Lope de Rueda

Lope de Rueda «fue admirable en la poesía pastoril, y en este modo ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja...» Así le elogió Miguel de Cervantes Saavedra, otro de los ilustres vecinos de Valladolid. En esta ciudad escribió Cervantes *El Casamiento engañoso* y *El Coloquio de los perros*, cuya acción sitúa en el antiguo Hospital de la Resurrección, que estuvo en la esquina de la Acera de Recoletos, junto a la actual Plaza de Zorrilla.

Con una compañía llegué a esta ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida que me llevó casi al fin de la vida; no pude vengarme, por estar enfrenado entonces, y después, a sangre fría, no quise: que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo. Cansóme aquel ejercicio, por no ser trabajo, sino porque veía en él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo; y como a mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así, me acogí a sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos...

A handwritten signature in black ink, likely belonging to Miguel de Cervantes. The signature is highly stylized and cursive, with the name 'Miguel de Cervantes' clearly legible in the upper portion. Below the name, there are several large, sweeping loops and flourishes that extend across the width of the signature.

La parte superior del pórtico del Hospital de la Resurrección se conserva en el jardín de la que fuera vivienda de Cervantes, hoy convertida en museo. En esta casa escribió *El Licenciado vidriera*, otra de las Novelas Ejemplares. Cervantes da señas en esta obra de la rivalidad que se vivía entonces entre Madrid y Valladolid, debido al traslado de la Corte.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro:

— No pregunto eso, sino que cuál es mejor lugar: ¿Valladolid o Madrid?

Y respondió:

— De Madrid, los extremos; de Valladolid, los medios.

— No lo entiendo — repitió el que se lo preguntaba.

Y dijo:

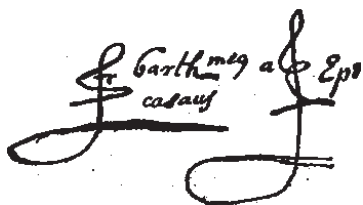
— De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresuelos.

A handwritten signature in black ink, likely belonging to Fray Bartolomé de las Casas. The signature is highly stylized and cursive, with a large, sweeping flourish at the bottom.

Valladolid, donde reposó el Almirante Cristóbal Colón sus días últimos, también fue la capital del mundo hispánico. Aquí se emplaza el Consejo de Indias, aquí Magallanes y Juan Sebastián Elcano recibieron el último impulso antes de sus trascendentales viajes. Como en todas las expediciones a América, la alfabetización, el idioma, fue una de las piedras angulares de la colonización.

Así mismo, desde Valladolid, tras largos debates en el Colegio de San Gregorio, Fray Bartolomé de las Casas trató de poner sujeción a los desafueros de los conquistadores.

(...) que por la misericordia de Dios ando en esta corte de España procurando echar el infierno de las Indias, y que aquellas infinitas muchedumbres de ánimas redimidas por la sangre de Jesucristo no padezcan sin remedio para siempre, sino que conozcan a su criador y se salven, y por compasión que he de mi patria, que es Castilla, no la destruya Dios por tan grandes pecados contra su fe y honra cometidos (...) Después de escripto lo susodicho, fueron publicadas ciertas leyes y ordenanzas (...) Hizo las dichas leyes Su Majestad después de muchos ayuntamientos de personas de gran autoridad, letras y consciencia y disputas, y conferencias en la villa de Valladolid (...)



Fr. Bartholomew de Espinosa
caballero

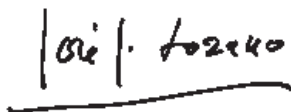
De la Corte emanan, además de las leyes del Reino, la difusión cultural y la norma modélica de la lengua. En estos años, en los que proliferan en Valladolid las imprentas y se edita de un buen número de libros, cuentan que no fueron pocos los creadores que llegaron a la Corte buscando el calor de este enriquecimiento cultural. Sin embargo, no todos lograron bañar su nombre en el oro de la fama, y lo común en trovadores, autores, comediantes y poetas, fue la obediencia a la vida austera.

(...) que si algún poeta llegare a casa de algún su amigo conocido, y estuvieren comiendo, y le convidare, que aunque él le jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'José Jiménez Lozano', with a large, sweeping flourish underneath.

El patrimonio del hombre de letras fue y es espiritual. Una riqueza avalada por la fibra del sentimiento; una fortuna, con todo lo que las fortunas tienen de ventura, de suerte y de buena estrella; una circunstancia sobrevenida, a decir de José Jiménez Lozano, autor de nuestro tiempo que también echó raíces en Valladolid.

Un escritor es una persona, que es convertida en tal por lo que le sucede, por lo que se le regala. Porque todo se le regala y se le da. Su obra no nace de su carne y de su sangre naturalmente, pero tampoco de su voluntad. Quien escribe es un producto de sus circunstancias personales, en primer lugar, y no me refiero a las biográficas de tipo material, en primer término, sino a la cultura que ha recibido, a la que le ha llegado en la fundante experiencia de la lectura, en conversación con otras culturas o las culturas de otros tiempos, en sus esperanzas y sueños, sus logros y fracasos interiores sobre todo; en el fulgor mismo de un rostro o de su humillación, en las visiones y terrores, en la palabra más humilde de los vivos y los muertos; y, desde luego, de la escucha de la lengua y su respeto hacia ella, que también se le regala.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'José Jiménez Lozano', with a horizontal line underneath.

Francisco Umbral nació en Madrid —capital de las letras españolas, donde se forjan caminos para abordar en una jornada aparte— y vivió su infancia y juventud en Valladolid, dos ciudades con las que fragua la sustancia urbana que alimenta su obra. La popularidad le viene a Umbral más por sus artículos de prensa que por sus novelas. Cronista de lo cotidiano, artesano de la ironía, pirotécnico del lenguaje, son calificativos que le atribuyen quienes definen su literatura. Umbral, al igual que Jiménez Lozano, también expresa su reconocimiento al legado de la lengua castellana.

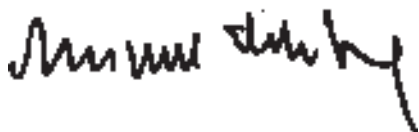
El idioma trabaja por nosotros. Mil años de castellano se ponen en marcha cuando me siento a escribir cada mañana. La inspiración (romántica) es el lenguaje, porque otra no existe. Creo en mis palabras fanáticamente, como Borges y tantos. Después de escribir, releo, por ver dónde he traicionado a la palabra, dónde he puesto la que no era. No creo en las erratas: creo en las traiciones a la formidable y espantosa máquina del idioma. Hay que combatir las.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Umbral', with a long vertical stroke extending downwards from the end of the name.

En el diario vallisoletano *El Norte de Castilla* —«de intereses morales y materiales, literarios, agrícolas y mercantiles», que así se definía en su cabecera inicial— Francisco Umbral se estrena como periodista. Lo hace bajo el magisterio de Miguel Delibes. Al contrario que Umbral, el tema que predomina en Delibes es el mundo campesino y la vida al aire

libre. El carácter de la obra de Delibes, según el parecer del propio autor, se manifiesta en las vivencias y expresiones de la Castilla rural.

Mis literaturas, deficitarias en tantos aspectos, no son precisamente admirables por su rigor gramatical y me consta, pongo por caso, que mis laísmos y leísmos son tomados a menudo como ejemplo en algunas universidades, de lo que no es correcto hacer. Trato de insinuar con esto que mis escarceos literarios desde su origen, han sido puramente intuitivos y si algo hay estimable en mis escritos, ello no se debe a mérito personal mío, sino a la circunstancia de haber nacido y vivido en Valladolid, ciudad y provincia que quizá no sean un modelo de bien decir castellano pero donde el idioma se manifiesta, en especial en los medios rurales, con una riqueza y vivacidad que todo el mundo reconoce.



Con Miguel Delibes vamos al encuentro de los autores vallisoletanos por nacimiento. *La sombra del ciprés es alargada, Diario de un cazador, El disputado voto del señor Cayo* y *El camino* son la muestra de una larga lista de títulos en los que sus lectores podemos reconocer a un escritor coherente, siempre fiel a sus motivos. La voluntad de escribir, al igual que la circunstancia de vivir, pertenecen, según Delibes, a la eventualidad de cuanto nos rodea.

(...) Daniel, el Mochuelo, comprendió que la voluntad del hombre no lo es todo en la vida. Existían cosas que se le imponen al hombre, y lo sojuzgan, y lo someten a su imperio con cruel despotismo. Tal —ahora se daba cuenta— la deslumbradora belleza de la Mica. Tal, el escepticismo de Pancho, el Sindiós. Tal, el encendido fervor de don José, el cura, que era un gran santo. Tal, en fin, la antipatía sorda de la Sara hacia su hermano Roque, el Móñigo.

En la calle de la Ceniza —hoy de Fray Luis de Granada— nació José Zorrilla, uno de los escritores españoles más populares del siglo XIX. La casa conserva varios manuscritos, algunos recuerdos personales y también el dormitorio en el que sus ojos se abrieron a la luz primera. El hueco ciego de su mirada reposa en el yeso sacado de su mascarilla fúnebre. En un rincón del despacho está el escritorio, colocado tal y como él lo dispuso: contra la pared. Así es como prefería escribir este poeta romántico.

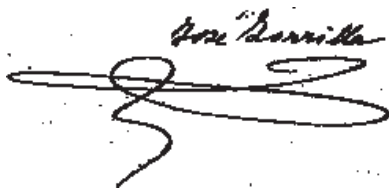
*Yo recuerdo estos curvos callejones:
Conozco esos antiguos caserones...
Esta es la calleja terreno escasa
Donde mis muertos padres han vivido:
Y esa... ¡que existe aún!..., esa es la casa
Donde a mi vida inútil he nacido.*

José Zorrilla

De Zorrilla dicen que fue un hombre de gran imaginación y de facilidad para la improvisación y la versificación, y que de ello da fe su prolífica obra. Es de común parecer que el máximo acierto lo alcanza en sus piezas dramáticas. En *El Tenorio*, su creación más sobresaliente, presenta a Don Juan, personaje tradicional de la literatura, con un soplo de humanidad hasta entonces desconocido. Es esta nueva sensibilidad el impulso que le conduce al amor y, por lo tanto, a su redención.

*Por dondequiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
a la justicia burlé
y a la mujeres vendí.*

*Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.*

A handwritten signature in black ink, appearing to read "José Zorrilla". The signature is highly stylized and somewhat illegible due to its cursive nature and overlapping loops.

Jorge Guillén nace en la antigua calle Caldereros. Fue catedrático de Literatura Española. Impartió sus enseñanzas en diversas universidades americanas tras su exilio, a raíz de la Guerra Civil española. Miembro destacado de la generación del 27, es reconocido por el cultivo de una poesía cerebral, profunda, cuya maestría le sitúa entre los autores más prominentes de la lírica española del siglo xx.

La muestra cronológica del pensamiento poético de Guillén, a decir de los estudiosos de su obra, comienza con una primera admiración del mundo, una afirmación vital, un recreo en la alegría de vivir; para luego transformarse en un testimonio de las circunstancias de su tiempo que se presenta como un desesperado grito poético. Es lo que va del primer libro de *Cántico*, a la siguiente tendencia, la de *Clamor*. Finalmente, en *Homenaje* compendia los dos periodos anteriores.

Calles me conducen, calles.

¿Adónde me llevarán?

.....

Decid muros de altivez,

tapias de serenidad,

grises de viento y granito,

ocres de sol y de pan:

¿Adónde aún, hacia dónde

con los siglos tanto andar?



En afirmación de Jorge Guillén, el poeta más vanguardista de Europa no es otro que su paisano Francisco Pino. La esfera del surrealismo fue el primer ámbito de la poesía de Pino, más tarde penetró en el tiempo de la composición clásica, para emerger de nuevo a la vanguardia. Un viaje de ida y vuelta, un enriquecimiento propio y del recorrido lenticular que consuma.

Siguiendo su peculiar sendero encontramos el cuño de su expresión: «Mira y di lo que ves, no añadas nada / de poesía a tu mirar». Lo escribe Francisco Pino, cuya mirada, dícese, es la del poeta en estado puro.

*Contemplar es la savia de la vida.
Contemplar es oír, sentir, llenarse
de espíritu de tacto, ser herida
de gozo; contemplar es colocarse*

*como agua frente al cielo, bien tendida,
por retener feliz cuanto ausentarse
quiere, por conservar la ingrata huida
en su instante de entrega, en su inmolarse fiel;*

*contemplar es concebir el paso
como de la memoria inmortal parte;
hallar seguridad en el acaso.*

*Contemplar es vivir. Y contemplarte
ahora, es saber que en día sin ocaso
nuestro amor quedará como obra de arte.*

Fernando Pino

Contemplar en Valladolid. Ojear, mirar, remirar la expresión inerte de una efigie que en nuestro mirar revive. Observar el semblante varado de un pensamiento inquieto. Imaginar el tiempo en un rostro petrificado, calcular la velocidad sin más movimiento que las lágrimas de la lluvia lavando el bronce. Contemplar una de las muchas esculturas de Valladolid es un periplo por la memoria que hubo antes de un gesto y por la que surgió después, para encontrar, entremedio, la idea perenne de su creador.

Eduardo Chillida representa un brazo que intenta atrapar la turbulencia del aire de la calle Cadenas de San Gregorio, justo al lado de la casa en la que nació Felipe II. Se titula esta escultura *Lo profundo es el aire* y está inspirada en un poema de Jorge Guillén que expresa su acatamiento a esa ley superior llamada realidad.

*Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
soy su leyenda. ¡Salve!*



La realidad nos inventa, y nosotros a ella. En esta reallimentación encontraremos al escritor adjetivando todos y cada uno de los inventos. De Valladolid, alguien escribió que es la «ciudad de la escultura». El patrimonio monumental de sus plazas, calles y parques se exhibe para otorgarle la razón. Monumentos enfáticos, como el de Colón, diferencian y ornamentan espacios junto a otros más mesurados: el busto de Leopoldo Cano, en el parque del Campo Grande; el dedicado a la memoria de Cervantes, en la plaza de la Universidad; o el de Zorrilla, en la glorieta del mismo nombre. Se prodigan igualmente las esculturas a pie de calle, a escala humana, como la de Jorge Guillén en la plaza Poniente, y en la misma explanada, la de Rosa Chacel descansando en un banco.

La vida de esta escritora vallisoletana también estuvo marcada por el exilio tras la Guerra Civil de 1936. De su obra, los entendidos destacan la narrativa por encima de la poesía y del ensayo, con títulos como *Estación de ida y vuelta*, *Memorias de Leticia Valle* y *La sinrazón*. Observan que Rosa Chacel gusta del viaje al pasado, de la introspección en la intimidad del recuerdo para analizar el mundo que la circunda.

La idea del agua no quita la sed, pero la aligera: quita la pesadez el desánimo que produce la sed cuando no se sabe cómo calmarla. Ahora la idea del agua, el recuerdo del caño a poca altura, saliendo con fuerza el chorro como una columnita de cristal que sale recta y se curva en seguida tomando la curva perfecta que le da su peso, la fuerza que vence su consistencia. No cae desparramada al borde del caño: sale derecha, unida en sí misma y por sí misma se desmaya, se curva hacia la tierra.

Now: Chisel

Aprovechando que el río Pisuerga pasa por Valladolid, el agua brota en un raudal de fuentes: la de la Fama, la de la Rinconada, la de la Bola del Mundo. Cada manantial es un surtidor de estética, un centro que irriga distinción, el núcleo pujante de un espacio delimitado; tal corazón, que a veces hasta impone su nombre, como acontece en la plaza de la Fuente Dorada.

En el silencio de la noche oyó el murmullo de la fuente. Era como si contara una historia sin fin, una historia que se confundía con aquella que resonaba en su propia memoria. ¿Pero quién comprendía el lenguaje de las fuentes? No le importaba que fuera así, y no comprender ese lenguaje. No le importaban las preguntas ni los pensamientos de los hombres, y hacía tiempo que sólo encontraba consuelo lejos de su compañía. Envidiaba el árbol, y envidiaba a los pájaros que volaban a su alrededor lanzando chillidos. Le habría gustado no tener que recordar ni pensar.

J M

En la capital de la Comunidad de Castilla y León, en la noche, Gustavo Martín Garzo, el escritor vallisoletano más joven de cuantos aquí nos han acogido, nos lleva al repliegue en nuestras últimas horas en este lugar, en el que hemos hallado la reflexión y la depuración del idioma español, donde también otros autores soñaron —López Pinciano, Núñez de Arce, Leopoldo Cano, Macías Picavea...— y escribieron sueños que hoy volvemos a imaginar.

Es ya el tiempo del descanso, del entreacto entre el con-fín de una jornada y el preludeo de otra.

*Más fuerte, más claro, más puro,
Seré quien fui.
Venga la dulce invasión del olvido.
Quiero dormir.*

*¡Si me olvidase de mí, si fuese un árbol
Tranquilo,
Ramas que tienden silencio,
Tronco benigno!*

.....
*Oscuréceme y bórrame,
Santo sueño,
Mientras me guarda y vela bajo su potestad
El firmamento*

*Con sus gravitaciones más umbrías
Reténgame la tierra,
Húndase mi ser en mi ser:
Duerma, duerma.*



V

Jornada de Salamanca

José Martínez Ruiz, Azorín, fue el artífice de la Generación del 98, movimiento literario al que bautizó e hizo objeto de sus ensayos. El estilo sobrio de Azorín —«Poner una coma detrás de otra y no mirar a los lados, no entretenerse...»— emula el sentir de Castilla, tierra que marcó el norte espiritual de su obra y la de sus compañeros de generación, quienes dedicaron esfuerzo y páginas a contemplar e interpretar el paisaje castellano.

Azorín retrata con aguda concisión el panorama que nos conduce a Salamanca, la antigua *Salmántica*, que fue sitiada por Aníbal, conquistada varias veces por los árabes, porque varias veces la ganaron los cristianos, hasta la reconquista definitiva por el rey Alfonso VI.

Es la perfecta planimetría sin accidentes, como un mar convertido en tierra... En aquel mar endurecido las torres lejanas parecen velámenes de barcos que se han quedado inmóviles, al petrificarse el mar en que navegan. Casas lejanas, escasos árboles, supervivientes de los que se plantaron al construir la carretera, no logran romper la uniformidad plana de aquel suelo, que se revela contra todo lo que pretenda alterar su quietud, su horizontalidad lacustre y su tristeza reconcentrada, ensoñadora. Es el paisaje elemental, el descanso de los ojos y el suplicio de la imaginación.

Aznar.

Al paisaje castellano se sobrepone el paisanaje, los hombres que lo habitan, el mundo que palpita. En esta fusión es donde otro escritor del 98, Miguel de Unamuno, encuentra el ritmo existencial de España.

Tras llegar a cualquier población de Castilla, lo primero para inaugurar las impresiones de lugar es visitar su plaza mayor. La de Salamanca es un monumental foro porticado de estilo barroco; es el ágora, el punto de encuentro de paisanos y viajeros como nosotros. Entre arco y arco de los soportales, resaltan medallones de egregios personajes; uno de los flancos está reservado a autores literarios. Son más los que faltan que los que están. Uno de los ausentes es el poeta lugareño Gabriel y Galán, cuyos versos se alimentaron de vivencias semejantes a las que labraron arrugas en los jubilados campesinos que aquí parlamentan caldeados al sol de sus recuerdos.

A lo largo del tiempo, este recinto urbano ha servido de mercado a los tratantes, y de escenario a las ferias en su comercio y en su entretenimiento. Aquí, asimismo, hallaron concurrencia los devotos, con sus ritos, y los estudiantes con la francachela. Lugar para las manifestaciones de asentimiento o de insubordinación.

Pasada la solemnidad y la impronta del calendario, es el rumor de los días uniformes el que permanece.

Si queréis bullicio moderado y tranquilo, cotidiano y casi diré doméstico bullicio, como aquel con que los niños llegan a un hogar, acudid, en esta ciudad de Salamanca, a su hermosa Plaza Mayor, una de las plazas más armoniosas, según decía el arquitecto Jürgens. Una plaza cuadrada —es decir, un cuadrilátero, no un cuadrado— con sus soportales y toda llena de aire y de luz. Una tarde, paseábamos los dos por ella, me decía mi amigo, el gran poeta peninsular, o mejor ibérico, Guerra Junqueiro: «Me gusta esta plaza porque en ella circulan bajo sus soportales los hombres y las mujeres en dos filas, separados, dándose cara, ellos hacia la parte de afuera, en el sentido del reloj; ellas por la parte de dentro, en otro sentido. Y hay algo litúrgico en este circular —mejor sería “cuadrar”— de las gentes de la ciudad por su plaza». Salmantino hay que puede decirse que vive en ella. Es el principal mentidero de la ciudad; es también su principal escuela de haraginería.

A handwritten signature in black ink, reading "Miguel de Unamuno". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal flourish underneath.

Unamuno se traslada a Salamanca al ser nombrado catedrático de Griego por la Universidad. Aquí vive y escribe hasta su muerte, salvo durante el paréntesis de su destierro en Fuerteventura motivado por las críticas al poder político. Después huyó a Francia y tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera regresa, libre, a fundamentar el sentimiento en su encierro voluntario.

He vuelto a este mi retiro activo, a esta mi fecunda y agitada soledad de Salamanca, con mayor apego a ella que el que antes tuviera. Y he comprendido una vez más que, si alguna fuerza tengo, si alguna acción espiritual ejerzo en esta mi patria, se la debo al confinamiento corporal en esta vieja ciudad académica.

Miguel de Unamuno

Cuando el régimen totalitario vuelve a imponerse por la fuerza de las armas, Unamuno planta cara con el célebre «Venceréis, pero no convenceréis». Un viva a la muerte y un muera a la inteligencia es la respuesta. Solitario, controvertido, revulsivo... tiene el reconocimiento de ser uno de los más grandes removedores de ideas de su tiempo. Su pensamiento es un continuo combate entre la razón y el corazón, entre el escepticismo y la esperanza espiritual. Afirmaba Azorín: «...no es un pensador de una pieza: coexisten varios hombres en Unamuno». Escribió ensayo, novela, crítica literaria, teatro... y de esos muchos hombres que vivieron en él, uno fue poeta, «si poeta es —dice Rubén Darío— asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos».

Cuando apareció el tomo de poesías de Miguel de Unamuno, hubo algunas admiraciones e infinitas protestas. ¿Cómo, este hombre que escribe tan extrañas paradojas, este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe una media docena de idiomas, que ha aprendido solo el sueco y que sabe hacer incomparables pajaritas de papel, quiere también ser poeta? Los verdugos del encasillado, los que no ven que un hombre sirva sino para una cosa, estaban furiosos.

Y cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza y creyeron encontrar en mi parecer una ironía.

Rubén Darío

Recordamos que el Modernismo fue una posición ante la existencia diferenciada de la Generación del 98. Comenzó en América con el nicaragüense Rubén Darío y se propagó por España. «...un gran movimiento de entusiasmo y libertad por la belleza»; eso fue el Modernismo, según Juan Ramón Jiménez. De poeta a poeta, de la sensibilidad del 98 a la del Modernismo, Unamuno explicó a Rubén Darío cómo era Salamanca.

Le veo animado a visitar este viejo ciudadón castellano, dormido en un repliegue del austero páramo, vaso de recogimiento y fuente de reposo. Yo creo que aquí sentiría usted mucho, y vería el Renacimiento castellano por un prisma original. A mí me ha ganado este poblachón el afecto: su vida claustral me seduce. Creo que la vida interior es tanto más variada y rica cuanto más uniforme y pobre es la vida social exterior que nos rodea. Aquí nada perturba la rutina espiritual, y aquí se oye a uno pensar.

Miguel de Unamuno

El lugar en el que Unamuno más se oyó pensar a sí mismo es, a todas luces, la residencia donde habitó, un edificio del siglo XVIII en el que concibió buena parte de su obra: *Del sentimiento trágico de la vida*, *La vida de don Quijote y Sancho*, *Por tierras de Portugal y España*, *La agonía del cristianismo...* y *Niebla*, novela con la que quiso innovar las técnicas del género. Aquí se conservan sus muebles, sus objetos personales, su archivo y su biblioteca. Es el principal centro para la investigación de la obra unamuniana. Fue la casa del Rector. Unamuno la ocupó porque otro de los hombres que hubo en él dirigió esta Universidad, cuyo título oficial es Universidad Literaria de Salamanca, un centro académico imprescindible para conocer la trayectoria de escritores sustanciales de la literatura española.

Comenzó siendo un pequeño núcleo llamado *Estudio Salmantino*, embrión que con el tiempo se desarrolló hasta convertirse en la primera universidad española. Alfonso X fue decisivo impulsor y protector de esta universidad. Su hacer gobernante y erudito contribuyó a que el idioma castellano fuera asentándose en sus rasgos singulares. En la corte de este

rey, apodado *El Sabio*, se adoptó el modelo del habla toledana (Escuela de Traductores de Toledo), con rasgos de los usos burgaleses y leoneses.

En la poesía de la época también se utilizaba el galaico-portugués, como hizo Alfonso X en las *Cantigas*.

Esta é como Santa Maria fez acender duas candeas na sa eigreja en Salamanca, porque o mercador que as y posera llas encomendara.

Alfonso X

Acoge hoy la Universidad a cuarenta mil estudiantes repartidos en medio centenar de edificios. La fachada plateresca de las Antiguas Escuelas Mayores es la imagen que representa al colectivo universitario. Contiene una espléndida simbología humanista labrada en piedra dorada: iconografía cargada de misterio. Es tradicional en los viajeros escudriñar esta portada para tratar de hallar la calavera y la rana, las figuras más populares; símbolo, dicen, de la fugacidad del goce carnal.

Y mientras nosotros, andariegos de esta ruta del idioma, nos detenemos en las preliminares impresiones de la Universidad, los estudiantes, arraigados en su quehacer cotidiano, pasan a nuestro lado en la ida o en la vuelta del camino de la ciencia.

*Este es de Salamanca el firme asiento,
pozo de ciencia, fuente milagrosa
que trae del cielo empíreo firmamento.
Es madre general tal generosa,
que mil extraños hijos autoriza,
dotándolos de ciencia y renta hermosa.*



Cuando las tradiciones eran norma de comportamiento, Lope de Vega conoció en primera persona el mundo académico de Salamanca. Tras el aprendizaje, llegaba para los estudiantes el tiempo de «estar en capilla», es decir, de permanecer en periodo de reflexión y espera antes de comparecer al examen.

En la prueba oral era costumbre que el alumno se sentara ante la escultura yacente del obispo Juan Lucero, con los pies apoyados en los de la figura marmórea, parte que acabó sufriendo un profundo desgaste debido a que allí quedaron atrapadas para siempre las vibraciones de excitación y angustia de muchos examinandos. Si no aprobaban, salían por la llamada puerta de los Carros; si lo hacían, se sumaban a la ansiada barahúnda y su nombre quedaba escrito en las paredes, junto al vótor y la fecha de graduación. Esta experiencia la vivieron o la recrearon no pocos jóvenes educandos que llegarían a ser distinguidos autores del idioma castellano.

Advierte hija mía que estás en Salamanca que es llamada en todo el mundo Madre de todas las Ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan aquí diez o doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre y aficionada, gastadora, discreta, diabólica, trabajadora y de humo.

A handwritten signature in black ink, likely belonging to Miguel de Cervantes. The signature is highly stylized and cursive, with the name 'Miguel de Cervantes' clearly legible in the center. Below the main signature is a long, sweeping horizontal flourish.

No sabemos a ciencia cierta si Cervantes frecuentó las aulas de Salamanca, sin embargo, de *El licenciado Vidriera* se

desprende que poseía un holgado conocimiento del ambiente universitario de esta ciudad.

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador. Mandaron a un criado que le despertase; despertó, y preguntáronle de adonde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir, por sólo que le diese estudio.



Cervantes decía que admiraba, reverenciaba y seguía al salmantino Fray Luis de León —traductor, poeta y místico del Renacimiento— que en la Universidad de Salamanca aprehendió ciencia y luego impartió cátedra. El aula que lleva su nombre conserva los suelos primitivos, tablones sobre los cuales ejercían los estudiantes su derecho a un tiempo de pataleo con el fin de combatir la frialdad invernal. Los pupitres llaman la atención por la rudeza y por estar profusamente arañados con trazos dispares, figuras y letras que forman pretéritas estelas de identidad. Entre ellas descuella la firma de Francisco de Quevedo, que según la creencia popular prefirió la madera a la pared para dejar su vitor. Quevedo fue quien dio a conocer la poesía original de Fray Luis de León cuarenta años después de su muerte.

*¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!*

Fray Luis de León Viceroy

El hombre más callado que jamás se había conocido, así es como era considerado Fray Luis de León, que vivió la intolerancia y la persecución hasta el exceso de sufrir la cárcel. Su delito, haber escrito la traducción comentada del *Cantar de los Cantares*, quebrantando de este modo la prohibición de que los textos sagrados fueran traducidos a las lenguas romances. Cinco años estuvo en prisión. Al regresar a su cátedra comenzó la lección con la frase «Decíamos ayer...»

*Alma región luciente,
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces, fértil suelo,
produtor eterno de consuelo.*

Fray Luis de León Viceroy

Estos derroteros literarios nos llevan a recordar que *La perfecta casada* y *De los nombres de Cristo* son títulos importantes en la prosa de Fray Luis de León. En lírica se distinguen *Vida retirada*, *Noche Serena* y *Exposición del libro de Job*, cuyo manuscrito se guarda en la Antigua Libre-

ría de la Universidad, con todas las páginas firmadas por la censura.

El rastro de la Inquisición se puede apreciar igualmente en algunas obras de esta biblioteca que se salvaron de la hoguera. Contemplar cómo el quebranto de los libros censurados estaba subordinado a lo perentorio de cada censor, es una lección más del proceder humano: unos mutilaron ejemplares arrancando páginas, otros emborronaron párrafos mediante tachones, y los menos ocultaron el texto prohibido ligando encima un papel.

En esta biblioteca y en el archivo hay más de sesenta mil impresos anteriores al siglo XIX, además de numerosos manuscritos, entre ellos un cancionero del Marqués de Santillana y el código más extenso del *Libro del Buen Amor*, de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.

*Como dize Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenencia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fembra plazentera.
Si lo dixiés de mío sería de culpar;
dizlo grand filósofo, non so yo de reptar:
de lo que diz el sabio non devemos dubdar,
ca por obra se prueba el sabio e su fablar...*

Arcipreste de Hita

Del *Libro del Buen Amor* renace, un siglo después, el personaje de la Trotaconventos reencarnado en *La Celestina*. Fernando de Rojas, su autor, estudió en Salamanca. Como es conocido, tras *Don Quijote de la Mancha*, resulta *La Celestina* la obra que concita más pareceres favorables entre las producciones de altura de las letras españolas. El autor logró expresar en escritura los juegos y gradaciones del habla popular,

adecuando a cada personaje un estilo de lenguaje ajustado a su rango social. El profundo calado popular de este libro hizo posible que el nombre de la protagonista pasara a formar parte del vocabulario español para designar a la alcahueta, persona que concierta, encubre o facilita una relación amorosa.

Sobre la muralla medieval de Salamanca, en el lugar denominado Huerto de Calisto y Melibea, es donde la tradición sitúa la acción de este libro.

Que nadie dude en contar lo lascivo de esta historia, que nadie se avergüence de los cuerpos y de las pasiones desatadas, porque al mostrar la danza del amor he pretendido una lección honesta. Publiquemos todos la tragicomedia de Calisto y Melibea, hagamos que el amador no quiera amar, salvemos de la tristeza al triste penado, despertemos las almas de los que viven dormidos. Quien me juzgue por impúdico, no habrá separado el grano limpio de las burlas y las mezquindades. He querido contar un mundo nuevo que habla entre dientes, para que se comprenda mejor la verdad, esa verdad que llora y se grita cuando el dolor desnuda las palabras.

Fernando de Rojas

Fernando de Rojas recibió enseñanza de Elio Antonio de Nebrija —nacido en la calle Libreros Víctor— catedrático de Gramática y Retórica, autor de la primera gramática de la lengua castellana, que fijó las normas de uso del nuevo idioma. Este fundamento lingüístico sirvió de apoyo a Juan del Encina, otro ilustre universitario salmantino, para razonar su obra y mostrar la perspectiva poética de su tiempo.

(...) todas las artes conviene que tengan cierta materia, y algunos afirman la oratoria no tener cierta materia, a los cuales convence Quintiliano diziendo que el fin del orador o retórico es dezir cosas, aunque algunas vezes no verdaderas, pero verisímiles, y lo último es persuadir y demulcir el oýdo. Y si esto es común a la poesía con la oratoria o retórica, queda lo principal, conviene a saber, yr incluydo en números ciertos, para lo qual el que no discutiere los autores y preceos, es imposible que no le engañe el oýdo, porque según doctrina de Boecio en el libro de música, muchas vezes nos engañan los sentidos; por tanto, devemos dar mayor crédito a la razón. Comoquiera que, según nos demuestra Tulio y Quintiliano, números ay que debe seguir el orador, y huyr otros, mas esto ha de ser más dissimuladamente y no tiene de yr astrito a ellos como el poeta que no es éste su fin.



Juan del Encina —poeta, dramaturgo y músico— fue el primer creador del teatro profano español. Se ha dicho que con su obra tiende un puente entre el teatro medieval y el renacentista, entre el *Auto de los Reyes Magos* y *La Celestina*. Vivió en Roma, donde recibió el influjo enriquecedor del teatro italiano que se refleja en sus églogas paganas, de acción más compleja, refinada y bucólica que sus primeros autos religiosos. Los autos populares son de ambiente salmantino; el *Auto del Repelón* es afín a un antiguo género teatral llamado «escolar», muy divulgado en las ciudades universitarias medievales, en el que los alumnos ponían en escena temas relacionados con sus costumbres y pasatiempos.

De Juan del Encina a Calderón de la Barca, nuestros pasos imaginarios en esta Universidad prosiguen por el teatro español, yendo del patriarca del género al dramaturgo más preeminente del barroco.

*Suele decirse de aquellos
que muy poco han estudiado,
que en Salamanca han entrado,
más no Salamanca en ellos.*

*Don J. Calderón
de la Barca*

Al joven Calderón se le imputa relación con algunos incidentes —fue encarcelado en Salamanca por no pagar el alquiler de la vivienda— cuyo atestado ha permitido a los estudiosos seguir la huella cotidiana del escritor y acreditar el contraste —de soldado pasó a ser sacerdote— entre el temperamento impetuoso de su juventud y la manera reflexiva de su madurez. Sabido es que la producción de Calderón discurre por el cauce teológico que predomina en el teatro español posterior a *La Celestina*, y que su impronta está en la filosofía con la que trata de aunar la fe y la razón. Comedias religiosas aparte —escribió obras históricas, de capa y espada, mitológicas y caballerescas— es el carácter filosófico el que, asimismo, da fuente y guía a su obra más aplaudida, *La vida es sueño*, donde fluye y se agita la angustia de la existencia.

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*

*Don J. Calderón
de la Barca*

Continuando el viaje por los discípulos de la Universidad de Salamanca que dejaron su huella en las letras españolas, hallamos la obra de Mateo Alemán, primer autor conocido de la novela picaresca española. *Guzmán de Alfarache*, su narración más difundida, está considerada obra cumbre de la picaresca junto con *El Lazarillo de Tormes*, escrita por un autor desconocido:

Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre... Mi viuda madre, como sin marido se viese, determinó arriarse a los buenos por ser uno de ellos y vínose a vivir a la ciudad... En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pereciéndole que yo podría adestrarle, me pidió a mi madre y ella me encomendó a él,... Salimos de Salamanca y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandome llegase cerca del animal y allí puesto, me dijo: Lázaro llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél. Yo simplemente llegué creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmo recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada y díjome: Necio, aprende; que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Anónimo

La Ruta de la Plata cruza el río Tormes por el puente romano referido en *El Lazarillo de Tormes*, con el «animal de piedra» —ornamento prerromano— en la entrada. Muy cerca, la moderna escultura del ciego y el lazarillo evoca esta

prominente creación de la literatura española, que según se ha dicho supone un decisivo avance en la forma de escribir novela y en la cual, por primera vez, un personaje de clase humilde —pícaro, astuto, al borde de burlar la ley— adquiere el rango de protagonista.

Otro lugar con resonancias literarias es la cueva situada en la ladera del cerro de la Catedral —vetusto antro de sortilegios y brujería— que excitó la imaginación de Cervantes y de Ruiz de Alarcón. Cuenta la tradición que en esta cueva el marqués de Villena incumplió un trato con el diablo y que por eso le condenó a perder la sombra, así que el marqués anduvo de por vida sin hacer sombra frente al sol, originando el desconcierto y el miedo de sus coetáneos.

La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara a costa de mis herederos; y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa...

(El estudiante de *La Cueva de Salamanca*)

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Félix de Montemar'. The signature is highly stylized and cursive, with a large flourish at the end.

La imaginación de José de Espronceda halló sedimento en el ambiente académico. Espronceda fue, junto a Zorrilla, uno de los autores más populares del romanticismo. De carácter apasionado y espíritu revolucionario, choca con la fría realidad. De tal encontronazo grana la amargura y el escepticismo. En *El estudiante de Salamanca* nos presenta la ciudad vacía por la que vaga Félix de Montemar, quien tras consumir una vida exacerbada se encontró con el espectáculo de su propio entierro.

(...)

*El cielo estaba sombrío,
no vislumbraba una estrella,
silbaba lúgubre el viento,
y allá, en el aire, cual negras
fantasmas, se dibujaban
las torres de las iglesias;
y del gótico castillo
las altísimas almenas,
donde canta o reza acaso
temeroso el centinela.
Todo, en fin, a medianoche
reposaba, y tumba era
de sus dormidos vivientes
la antigua ciudad que riega
el Tormes, fecundo río,
nombrado de los poetas,
la famosa Salamanca,
insigne en armas y letras,
patria de ilustres varones,
noble archivo de las ciencias.*



F. de Espinosa
Madrid

Además de los ya citados, por las aulas de esta Universidad pasaron el rector humanista Pérez de Oliva, Lucas Fernández, Alonso de Madrigal, San Juan de la Cruz, Luis de Góngora, Saavedra Fajardo, Ruiz de Alarcón, Meléndez Valdés y Juan Pablo Forner... Ignacio Aldecoa, Manuel Alvar, Zamora Vicente y Lázaro Carreter, también; y la labor académica continúa viva.

La difusión del idioma castellano se fomenta por medio de los cursos internacionales de lengua española, la creación poética, con el *Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana*, y

la labor docente e investigadora de la lengua y literatura española, con el *Premio Internacional Elio Antonio de Nebrija*.

La Universidad ha sido moral y materialmente el alma y la vida de Salamanca, la fuente de su grandeza y de su renombre, la ocasión y el origen de casi todos sus mejores monumentos.

Pedro An.º de Alarcón

La vida a raudales, el vigor ilustrado, la gradina intelectual han hecho de Salamanca toda, un monumento portentoso. La UNESCO así lo reconoce con el título de *Patrimonio de la Humanidad*. La Plaza Mayor, el Colegio Arzobispo Fonseca, el Palacio de Anaya, la Casa de las Conchas, la Casa de las Muertes, la Catedral Nueva y la Catedral Vieja —que conserva el órgano cuyas notas, dicen, inspiraban a Fray Luis de León— son ejemplos de lo que de inolvidable nos ofrece esta ciudad. Así escribió Benito Pérez Galdós de las catedrales:

Al fin conocimos la catedral entre aquellas montañas de oscuridad que nos cercaban. Distinguimos perfectamente su vasta forma irregular, sus torres, que empiezan en una edad y acaban en otra, sus ojivas, sus cresterías, su cúpula dorada, y detrás del nuevo edificio, la catedral vieja, acurrucada junto a él buscando abrigo.

B. Pérez Galdós

En la iglesia de San Marcos se encuentra la escultura de Fray Gabriel Téllez, conocido por el seudónimo de Tirso de

Molina. Frente a la casa donde residió Santa Teresa cuando vino a fundar el convento de las Carmelitas, hay una figura que recuerda a esta escritora mística. Al lado del edificio en el que murió Unamuno, se alza una imagen en su memoria. La de Torrente Ballester, en el Café Novelty. Otro monumento recuerda a San Juan de la Cruz; otro más, a Góngora —«Muerto me lloró el Tormes en su orilla»— dice uno de sus sonetos. En el patio de las Escuelas Mayores se rememora a Fray Luis de León. En la Plaza de los Bandos, donde Carmen Martín Gaité vio la luz por primera vez, una efigie recuerda la expresión gentil de su semblante.

Historia fraguada en piedra silente, memoria interrogada con la vista. Hacienda de respuestas pretéritas que, al pronunciarse, se mezclan con el eco de los caminantes.

La vida cotidiana como banalidad contrastando con la historia como excepción. La reconstrucción del tiempo pasado se estructura sobre narraciones que vienen a ser como hitos en la niebla de su inapresable discurrir. Hay un imperfecto perenne (y resulta imperfecto, insuficiente) al evocar las primeras reuniones con los amigos de la adolescencia. ¿De qué hablábamos —solíamos hablar— a lo largo de nuestros paseos, de nuestro «quedar para luego», ir a remar al Tormes, beber vino en las tabernas, de tantas horas de reloj como pasábamos juntos y nos acompañábamos a recados, aquel tiempo que nuestros padres condenaban bajo el resumen congelador de «tiempo perdido»? Ese mismo perderlo, liberarlo de los proyectos de futuro, era lo que le daba su cobijo irrecuperable...

Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité —cuentista, novelista y ensayista, exploradora de los interrogantes de la vida— moja la pluma en los recuerdos sosegados de su Salamanca natal. En *Entre visillos*, *El cuarto de atrás*, y *Usos amorosos de la postguerra española* nos presenta escenas de la vida salmantina en los tiempos de su infancia y juventud, cuando la contracción social y la sencillez de costumbres reservaban a la mirada persistente el prodigio de la comunicación.

(...) en la Plaza Mayor de Salamanca, las chicas paseaban en el sentido de las manecillas del reloj, mientras que los hombres lo hacían en el sentido contrario. Como quiera que el ritmo del paso fuera más o menos el mismo en ellos y en ellas, generalmente lento, ya se sabía que por cada vuelta completa a la plaza se iba a tener ocasión de ver dos veces a la persona con quien interesaba intercambiar la mirada, y hasta se podía calcular con cierta exactitud en qué punto se produciría el fugaz encuentro.

Carmen Martín Gaité

Gonzalo Torrente Ballester, gallego de nacimiento y salmantino de devoción, llegó a Salamanca siendo ya el reconocido autor de *Los gozos y las sombras*. Vino a impartir enseñanza y se quedó para siempre. Aquí escribió gran parte de su obra: *Fragments del Apocalipsis*, *La isla de los jacintos cortados*, *Filomeno a mi pesar...* Hombre irónico e imaginativo, se valió de los mitos para recrear su mundo narrativo.

Las cosas hubieran marchado bien, porque todo estaba bien hecho. Y fueron bien durante cierto tiempo que no se puede calcular en días. El Universo funcionaba sin necesidad de reajustes ni piezas de recambio. Vivía en oleadas de ritmo regular: Eva las recogía en sus entrañas y las ofrecía a Dios por medio del corazón de Adán. Aquel flujo y reflujo de amor los hacía dichosos. Su comunicación era perfecta. Si una avispa se posaba en el hombro de Eva, Adán, dormido, sentía en su piel el cosquilleo.

Carde Tormenta Ballester

«Aún sigo aprendiendo a hablar castellano y espero escribir con esta misma lengua alguna novela más». Así se expresó Torrente Ballester en su último acto público, cuando asistió, en el año 1998, a la recepción que Salamanca tributó a los primeros viajeros del Camino de la Lengua Castellana. Esta ruta por la que discurre la biografía cardinal de un idioma, donde cabe la notoriedad y la humildad de sus protagonistas. Un derrotero que nosotros seguimos viviendo jornada a jornada, la de hoy, en la hora de entre luces, se ilumina de oro.

*Del color de la espiga triguera
ya madura,
son las piedras que tu alma revisten,
Salamanca;
y en las tardes doradas de junio
semejan tus torres,
de sol a la puesta,
gigantescas columnas de mieses...*

Bruce de Unamuno

En el *atardecer de estío*, a punto de concluir la cuarta etapa, nos acercamos a la calle Bordadores, a la casa donde murió Unamuno, para leer el postrero pensamiento en una placa:

*Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje de lo eterno heraldo,
di tú que he sido.*

A handwritten signature in black ink, reading "Miguel de Unamuno". The signature is written in a cursive style and is underlined with a long, horizontal stroke.

VI
Jornada de Ávila

Ávila es la capital más alta de España, «la que vive más cerca del cielo» escribe Camilo José Cela, rescatando de entre la confusión de los nombres el *Abila* de los cartagineses, que significa altura.

La muralla que ciñe la ciudad de Ávila se levantó tras nueve años de duros trabajos de cantería. A fuerza de golpes para domar la piedra, auxiliados de terraplenes y de andamios con vigas y estacas, cristianos y musulmanes cautivos dieron forma a esta singular fortificación. La Historia dice que los maestros de geometría Casandro Colonio y Florín de Pituenga dirigieron la obra por encargo del conde Raimundo de Borgoña, a quien el rey Alfonso VI había encomendado la repoblación y defensa de la ciudad tras la conquista a los árabes en 1088. La muralla se edificó, en parte, sobre los restos de otro muro romano, y la obra concluyó avanzado el siglo XII. Estamos ante el recinto atrincherado medieval más antiguo de España y también el más extenso. Dos mil quinientos metros de granito magistralmente adosado, miles de piedras avecinadas, cada cual con un origen, con un pasado yacente en el paisaje inmemorial donde su forma primera quedó olvidada para siempre. Todas fueron labradas para la posteridad a golpe de maza y de escoplo, obteniendo así el privilegio de ocupar un lugar entre los testigos mudos de la Historia.

Aparecióseme una vez más la ciudad de Ávila, Ávila de los Caballeros, Ávila de Teresa de Jesús, ciudad vertebrada. En aquel campo rocoso, entre los berruecos, que son como huesos de esta tierra de Castilla, toda ella roca, donde la gea domina a la flora y la fauna, rocambre que es de fuego cristalizado. Cincha a la ciudad el redondo espinazo de sus murallas, rosario de cubos almendrados...

Agustín de Alarcón

Observa que al llegar a Ávila el camino se ramifica, la ciudad reta a la elección. Para entrar en el ámbito amurallado a los viajeros se nos ofrecen nueve puertas, nueve enigmas de lo que vendrá después. La puerta del Alcázar, la del Mariscal, la del Peso de la Harina, la de San Vicente, la del Carmen; la puerta de la Malaventura, la de la Santa, la del Puente, y la del Rastro. Arcos abiertos, rebosaderos de quietud, un silencio que acoge a los caminantes y nos lleva al umbral sonoro de otros tiempos cuando los pasos, los murmullos, los carros y las caballerías dominaban las calles.

Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer.

(El protagonista de *La sombra del ciprés es alargada*)

Miguel de Alarcón

En los albores de la noche no oiremos el toque de clarín que antaño precedía al cierre de la ciudad, ni tampoco advertiremos al amanecer el canto del gallo madrugador cuya morada estaba situada en la parte más oriental, allí donde los rayos del sol despiertan primero. Sin embargo, ten por seguro que nos hallamos en el lugar idóneo para dejarnos seducir por la retrospectiva, para sentir que el tiempo no avanza, que no es lineal, que se transforma en un laberinto cíclico que nos restituye el pasado, una realidad añeja cargada de suntuosidad: altorrelieves, figuras ornamentales, columnas blasonadas, torreones almenados... piedras nobles que abrigaron el poder de generales, condes y mariscales; una aristocracia que habla en silencio en los arcones, los tapices y las armas que en tiempos lejanos les pertenecieron. Cuentan batallas, razonan estrategias, lamentan traiciones y reviven amores; historias y leyendas de una época confinada entre las paredes de los palacios y de las casas nobles de esta ciudad.

Ávila es, entre todas las ciudades españolas, la más del siglo xvi (...) Los más bellos palacios de Ávila son del siglo xvi. El siglo xv también tiene recuerdos. Todo evoca en la ciudad a Felipe II y a los Reyes Católicos. Felipe II tenía predilección por Ávila; mandó edificar en la ciudad el Peso de la Harina y la Carnicería. Los Reyes Católicos levantaron el convento de Santo Tomás y declararon a Ávila sitio real veraniego. Corresponde Ávila al modo y carácter de Felipe II; la piedra de sus edificios es cárdena, cenicienta. Todo es severo y noble en la ciudad.

Ávila.

No deshagas la perspectiva, seguimos caminando con la evocación mantenida en la mirada. Nos esperan solemnes muros que culminan en bóvedas de medio punto custodiando sagrarios, retablos y sepulcros; edificios románicos en los que la fe se condensa en cruces, en policromados y en las tallas de profetas. También campanarios, pórticos, claustros y capillas; basílicas en las cuales el gótico declama su estilo. Mezcla de expresiones, mezcla de ideas, hasta las más dispares. Por una parte homilías, rezos y penitencias, ejercicios de santidad que tratan de contagiar aliento espiritual a las almas; y por otra, intransigencia, hostigamiento y terror auspiciados por la moral enferma de la Inquisición que tuvo aquí su residencia y que para mayor miscelánea también se titulaba de santa. Discernir, hallar la esencia de las cosas y de uno mismo es tarea hacedera en Ávila. En la Catedral, que asimismo es fortaleza, paradigma de la unión entre la cruz y la espada, el espíritu militar se asoma al torreón defensivo y el místico nos acoge en la portada de los apóstoles invitándonos al interior, a recorrer las arcadas entre el palpitante de los cirios que dibujan las luces y sombras de nuestra conciencia.

Así, en un rincón, escuchando el mago órgano y oyendo el tintineo grave de una campanilla, podrá pensar sin ser visto y gozar de una dulzura que únicamente encuentra allí. Eso es adoración a Dios, pero nunca entre luces, trompetas y ante una estatua de colorines colocada irrisoriamente sobre un promontorio de flores de trapo... Esta catedral hace pensar aunque el alma que pasee sus galerías esté desposeída de la luz de la fe... Esta catedral es un pensamiento del más allá en medio de una interrogación al pasado...

Federico Garcia Lorca

Otras piedras dieron cobijo a la austeridad, a la abstinencia y a la humildad. Recuerda que estamos en tierra de cantos y también de santos. Aquí nació y tomó el hábito Teresa de Ávila, escritora mística, mujer emprendedora y de prodigiosa fuerza espiritual. En el Monasterio de la Encarnación se forjó durante veintisiete años, fue donde tuvo la mayoría de sus experiencias místicas cuya luz parece haber quedado impregnada en la celda que habitó, en el locutorio, en la capilla de la Transverberación, en el comulgatorio...

Se enfrentó a sus superiores rechazando las normas vigentes del Carmelo y decidió emprender la reforma de la Orden. Consiguió fundar en Ávila el convento de San José, la primera comunidad de monjas Carmelitas Descalzas, en la que afianzó el cumplimiento estricto de las primitivas reglas de la comunidad. Fue hostigada por las autoridades eclesiásticas y también por aquellos convecinos que no veían con buenos ojos las iniciativas de esta mujer emancipada de buena parte de los prejuicios enraizados en la sociedad. Se dice que llegó incluso a renegar de su ciudad natal, sacudiendo las zapatillas en el lugar de los Cuatro Postes para no llevarse ni el polvo de las calles. Salió de Ávila para extender las fundaciones y consiguió levantar hasta un total de treinta conventos.

En tomando el hábito, luego me dio el Señor a entender cómo favorece a los que hacen fuerza para servirle. A la hora me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me falló hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello que me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla.

Teresa de Ávila

Teresa regresó a Ávila como priora y dos años antes de su muerte, las Carmelitas Descalzas recibieron el reconocimiento del Papa como orden monástica independiente. Falleció el 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes y fue enterrada al día siguiente, el 15 del mismo mes debido a que en esa fecha le sumaron diez días a octubre para aproximar el año civil al año solar. Velatorio dilatado y fugaz a la vez, porque el calendario, que tan férreamente rige el ritmo de nuestra vida, no es nada más que la jaula imposible del tiempo.

Teresa de Ávila fue canonizada y proclamada primera mujer doctora de la iglesia. Sus escritos, que fueron publicados después de su muerte, tienen la reputación de ser una obra maestra de la prosa española y una contribución única a la literatura mística. *Camino de perfección* es un manuscrito de consejos para las monjas de su orden, *El libro de las fundaciones* trata de los orígenes de las Carmelitas Descalzas, y *Castillo interior*, obra también conocida por el título *Las Moradas*, es un relato elocuente de su vida contemplativa.

*¡Oh hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
¡Sin herir dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis!
¡Oh nudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males!
Juntáis quien no tiene ser
con el Ser que no se acaba;
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada.*

Teresa de Ávila

Uno de los más estrechos colaboradores de Teresa de Ávila fue Juan de la Cruz, nacido en Fontiveros, al que ella llamaba «medio fraile» por su exigua estatura. Teresa le integró en su movimiento reformador y Juan de la Cruz fundó el primer convento de Carmelitas Descalzos, quienes perseveraban en el recogimiento y la sobriedad extremas. Sus pretensiones reformistas y su constante actividad como propagandista le hicieron sufrir prisión, durante la cual compuso los versos del *Cántico espiritual*. Huyó de la cárcel y continuó con la reforma monástica hasta fundar varios conventos.

Al igual que Santa Teresa fue canonizado y declarado doctor de la iglesia. Dicen los expertos que es el poeta místico más importante de la lengua castellana.

*En una noche oscura
con ansias en amores inflamada,
¡o dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.
Ascuras y segura
por la secreta escala disfrazada
¡o dichosa ventura!
a oscuras, y en celada
estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa
en secreto que nadie me veía,
ni yo miraba cosa
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.*



Además de *Cántico espiritual*, San Juan de la Cruz escribió *Subida al Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma* y *Lla-*

ma de amor viva. Su vida y su obra están separadas, el ámbito personal no trasciende en sus escritos donde solamente refleja la experiencia interior. Al comunicar su sensibilidad espiritual transmite imágenes radiantes, de sensualidad extrema, que transmutan el sentido natural de las cosas hasta convertirlas en símbolos. A Menéndez Pelayo la poesía de San Juan de la Cruz le infundía el «religioso terror de tocarla».

*¡O cautiverio suave!
¡O regalada llaga!
¡O mano blanda! ¡O toque delicado,
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando muerte en vida la as trocado.
¡O lámpara de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido
que estaba obscuro y ciego
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!*

J. J. de la C.

Para expresar la intensidad de sus vivencias interiores, los místicos, como los canteros la piedra, tuvieron que cincelar y refinar el lenguaje y conferir al idioma castellano una agudeza hasta entonces desconocida. Con ella consiguieron comunicar experiencias espirituales que nunca antes habían sido contadas. El mejor instrumento para manifestar lo sublime lo hallaron en el lenguaje figurado; mediante los símbolos mostraron la unión de las sensaciones materiales con las espirituales y se convirtieron en precursores del movimiento poético contemporáneo.

En las obras de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz abundan las exclamaciones afectivas, la musicalidad y la sensualidad extrema. Los dos utilizan el efecto de contrariedad juntando conceptos que se excluyen, tan imposibles de mezclar como el aceite y el agua, donde una parte niega a la otra. Con este enfrentamiento lograron construir algunas de las paradojas más notorias de la literatura española.

*«Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero
que muero porque no muero».*

*Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puso en él este letrero:
«Que muero porque no muero».
Esta divina prisión,
del amor con que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.*

Teresa de J. J.

*«Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero
que muero porque no muero».*

*En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo:
Pues sin Él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.
Esta vida que yo vivo
Es privación de vivir;
Y así, es continuo morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero;
Que muero porque no muero.*

J. J. de la C.

Pero las limitaciones del lenguaje también alcanzaron a los místicos, porque no todo puede ser reducido a códigos. Toparon con lo inefable y cuando la herramienta del idioma se mostró inservible eligieron el silencio; de lo contrario la comunicación hubiera adulterado la experiencia. Otros vinieron después y se ocuparon en la tarea de romper silencios.

Gaspar Melchor de Jovellanos estudió derecho civil y canónico en la Universidad de Ávila, cuya sede estuvo en el Real Monasterio de Santo Tomás. Fue el máximo representante de la Ilustración española, y como gran reformador, propagandista de ideales nuevos, no escatimó aprecio hacia el valor del lenguaje como medio para iluminar los pensamientos.

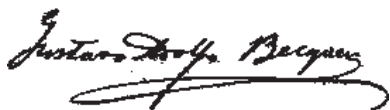
Para comunicar la verdad es menester persuadirla, y para persuadirla, hacerla amable. Es menester despojarla del oscuro científico aparato, tomar sus más puros y claros resultados, simplificarla, acomodarla a la comprensión general e inspirarle aquella fuerza, aquella gracia que forjando la imaginación, cautiva victoriosamente la atención de cuantos la oyen.

Gustavo Adolfo Bécquer
El Sonnetario

En este recorrido múltiple por el paisaje que nos es común, la mirada de cada viajero marca su propia ruta y al final todos confluímos en esa paradoja universal llamada destino. Con la convicción de que la realidad puede ser vivida de tantas formas como la imaginación es capaz de dibujar, debes caminar por Ávila con la mirada quebradiza, avanzando cada paso con sencillez pero con la invariable determinación de estar pisando sobre lo más prosaico de tu mundo, aplanando la trivialidad, dejando tan sólo en realce lo más refinado de tus sentimientos.

Así iremos al encuentro del más nombrado de los poetas románticos españoles, Gustavo Adolfo Bécquer, que aquí vivió algunos veranos acompañando a su sobrina y a su hermano, quien se deleitaba dibujando los rincones de la ciudad. Por estas calles paseó Bécquer su timidez alimentando los sueños de una poesía nueva que *brotó del alma como una chispa eléctrica*.

*No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira.
Podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.
Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;
¡habrá poesía!
Mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!*

A handwritten signature in black ink, reading "Justo Darío Bécquer". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal flourish at the end.

La obra de Bécquer es el punto de partida de la poesía moderna española, su estilo conformó las bases de los movimientos que vinieron después, entre ellos el Modernismo, cuyo máximo representante, Rubén Darío, también recaló en Ávila, y en su recuerdo se erigió un busto de bronce en el Paseo del Rastro. Vino al encuentro de su amada Francisca Sánchez, que era natural de estas tierras. Juntos concibieron un espacio de ideas y de afecto, tuvieron un hijo y permanecieron unidos hasta el fin. Rubén Darío, que creó una poesía refinada, acicalada de juegos decorativos y resonancias musicales, deja sentir en alguna de sus obras la influencia que a su paso por este lugar le dejaron los místicos.

*Señora, amor es violento,
y cuando nos transfigura
nos enciende el pensamiento
la locura.
No pidas paz a mis brazos
que a los tuyos tienen presos:
son de guerra mis abrazos
y son de incendio mis besos;
y será vano intento
el tornar mi mente obscura
si me enciende el pensamiento
la locura.*

Rubén Darío

El influjo de la poesía de Bécquer se extiende hasta la Generación del 27. Pedro Salinas, uno de los autores más destacados de este periodo, entró en Ávila con sus poemas de metro corto y de larga sensibilidad. Fue una parada indeleble en este viaje hacia lo absoluto en el que cada uno debe hallar su peculiar punto cardinal, esa realidad profunda que las apariencias porfían en ocultar.

Encadenando ideas y sensaciones, Pedro Salinas nos enseña el amor, la fantasía, la inquietud y la felicidad, semillas de pasión que en nuestro interior fecundan ese universo singular que nos resulta esencial para caminar.

*Murallas intactas
derrochan enhiestas
vigilias de piedra
enfrente de campos desiertos.
¿Y los enemigos?
De las atalayas,
se ven los caminos
que acarrear lentos
ganados humildes.
Puerta inexpugnable
de tránsito sirve
a recuas monótonas
—vino, aceite, trigo—
¿Y los enemigos?
Plantas en piedras
de destinos bélicos,
cigüeñas amantes
hacían sus paces
en lechos de vientos.
¿Y los enemigos?
Ciudad torreada
buena veladora
de siglos y tierras:
¿Y tus enemigos?*

Pedro Salinas

Diferentes concepciones acerca del amor engendraron la enemistad entre dos religiosos del siglo xv. El abulense Alonso de Madrigal, autor humanista y obispo de Ávila, fue perseguido por el inquisidor Fray Tomás de Torquemada bajo la acusación de difundir ideas insubordinadas sobre el tema del amor. En la Catedral damos con el sepulcro de *El Tostado*,

que tal fue el sobrenombre de Alonso de Madrigal. Su obra, extensa y variada —teología, astronomía, cacería— da fundamento a los abulenses para recurrir al comparativo: «Escribes más que *El Tostado*».

*(...) reprendíste me porque amor de mujer me turbó,
e por lo menos desterró de los términos de la razón,
de que te maravillas como de nueva cosa (...)*

Alonso de Madrigal

Quizá sea el amor el sentimiento que más vehementemente disputa a la razón la supremacía para regir el destino de la humanidad. Otro escritor enamorado, que también llegó a Ávila al encuentro de su amada, fue Mariano José de Larra. Dolores Armijo, su amante, se hallaba aquí apartada por el marido. Tras el encuentro a contracorriente, Larra enraizó sus ideas en Ávila, donde fue elegido diputado y defendió un fuero romántico para la ciudad. Dicen que la negativa de Dolores a continuar con la relación pudo ser uno de los motivos que empujaron a Larra al suicidio.

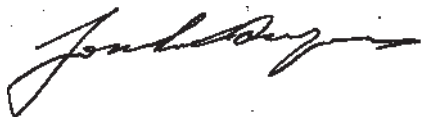
Ellos viven, porque ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'M. J. Larra', with a decorative flourish underneath.

El carácter rebelde lleva a Larra a involucrarse enteramente en las luchas de su tiempo. Liberal hasta la médula —«Libertad, en la literatura como en las artes, en la industria como en el comercio o en la conciencia...»— se enfrenta al absolutismo, al que culpa de frenar el progreso de España. Con su concepción romántica escribe novela, poesía, dramas; pero lo mejor de su obra, como es sabido, son los artículos de prensa. *El castellano viejo*, *Vuelva usted mañana*, *Nadie pase sin hablar al portero...*, en total más de doscientos escritos en los que analiza y critica con ironía punzante el comportamiento social de la época que le tocó vivir.

Junto a Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, Larra es uno de los pioneros del artículo periodístico en España. Después, otros escritores como Juan Valera, Leopoldo «Alas» Clarín y Benito Pérez Galdós, también cultivaron este género que en el siglo XX se extendió a la par que se multiplicaron los periódicos. El abulense, de Arévalo, José Luis López Aranguren lo abordó desde la perspectiva filosófica.

La moral, como moral de la conciencia, consiste en la constitución de un fuero interno. Éste surge en los momentos de crisis histórica, cuando la moral social aparece inadecuada, inservible o injusta, y el hombre, para salvarse, al menos como persona individual, se retrae a ese fuero interno, refugiándose en la intimidad de su conciencia moral.



Se ha dicho que filosofía y poesía tienen la misma fuente porque las dos buscan la consustancialidad del espíritu y del

objeto. En esa búsqueda y en esta tierra se empeñaron, entre otros, Florentino Sanz y Hernández Luquero —«Mis prosas y romances en habla clara y llana / al igual que mi tierra son cosa castellana»— También, Jacinto Herrero Esteban con su introspección en espacios de su vida y de la nuestra, como los pórticos de la plaza de la Victoria, Mercado Chico le dicen, en el que se celebra el comercio de frutas y verduras, y donde se dan cita los anhelos.

*Amigo mío: ser feliz
no será fácil esta tarde
porque te palpas a ti mismo
anhelante
como raíz insatisfecha de su tierra,
y, por contraste, estos muchachos
apoyados en los pilares de los pórticos,
ahora que dan las siete,
sonríen a las muchachas que se acercan
fieles a su palabra
—Mañana a las siete.*

Jacinto Herrero

La atmósfera de Ávila cautiva las miradas más dispares y penetra en ti y en mí, como penetró en todos los poetas que con versos o sin ellos, por aquí pasaron. —«ciudad cansada de tanto ver pasar...», escribe Muñoz Quirós— Los unos se llevaron en el recuerdo un rosario de meditaciones para emerger o para ahogarse en ellas; los otros, las vertieron sobre las páginas de un libro y sus vivencias pertenecen a la memoria colectiva, manjar milagroso del que tú y yo

nos alimentamos. Leopoldo Panero nos dejó su visión pasajera de Ávila, la del hombre de fe que tras la mortificación atisba la esperanza y a cuestas con su soledad viaja a la búsqueda de un paisaje donde fundamentar su conciencia.

*Detrás de tus murallas, ¡oh cautiva!
te ciñe lentamente de añoranza,
violeta de estupor, la lontananza
que exalta la llanura en piedra viva.
Te he visto muchas veces fugitiva,
mientras el tren en soledad avanza
al pie de tu quietud, de tu pujanza
maciza de hermosura, a Dios altiva.
Te he visto perderte allá en el cielo,
socavada en penumbra de racimo,
tras las nubes azules rota y santa.
Y eres como mi sed, y voy de vuelo
de mi cuerpo al través, buscando arrimo,
sitio donde llegar, posar la planta.*

Leopoldo Panero

La idea del viaje se extiende por todos los paisajes posibles, un periplo múltiple en el que nos desplazamos acompañados por esas formas persuasivas que nos arropan, nuestra visión de las cosas, nuestro paisaje interior. José Jiménez Lozano, escritor de aquí, nos presenta otro viaje, que también nos concierne, el de la imaginación.

Lo que me importaba a mí, de niño o de adolescente, de Ávila, era que la muralla era verdad; y la muralla resumía todo un mundo aprendido en los libros, un mundo antiguo y fascinante que se podía volver a ver. Era como poseer un túnel del tiempo, y quizás, al fin y al cabo, lo que quieren decir todos los tópicos de Ávila es eso: que allí puede viajar, en su recinto, como envueltos en una singular escafandra, a otros lugares de otro tiempo que sólo allí se nos ofrecen con todo su encanto y resplandor.

| Ori | Lozano

Cuando la luz del sol se inclina saludando al poniente de la muralla, el planear sereno de las cigüeñas cesa sobre el cielo de Ávila. La hora del descanso se acerca. En ese instante misterioso que precede al sueño sabemos que aquí no es menester soñar imposibles porque la jornada que termina ha estado colmada de quimeras. Juntos hemos evocado levitaciones, sufrimientos, juegos de santos, pasiones sublimes y enigmas de otra época que aún hoy permanecen insondables y que ahora se ocultarán todavía más, porque a todas las noches que desde entonces han sido, viene a sumarse la oscuridad de ésta que ya nos envuelve.

Descansar en Ávila es reposar con nosotros la ensoñación del pasado y dejarnos cubrir por ese sosiego protector que solamente ofrecen aquellos lugares que nos pertenecen. Ávila, *Patrimonio de la Humanidad*, es de los de aquí por derecho propio y también nos pertenece a nosotros porque en esta tierra hemos sabido encontrar el eslabón perdido de ese sentimiento necesario para seguir caminando.

Y no hay más que decir, con un *hasta mañana* basta.

«...y miedos de
las noches veladores».

San Juan de la Cruz

*Hasta mañana dices, y tu voz
se apaga y se desprende
como la nieve. Lejos, copo a copo,
va cayendo, y se duerme,
tu corazón cansado,
donde el mañana está. Como otras veces,
hasta mañana dices, y te pliegas
al mañana en que crees,
como el viento a la lluvia,
como la luz a las movibles mieses.
Hasta mañana, piensa; y tus ojos
cierras hasta mañana, y ensombreces,
y guardas. Tus dos brazos
cruzas, y el peso leve
levantas, de tu pecho confiado...*

Rosaldo Pausis

VII
Jornada
de Alcalá de Henares - Madrid

Primero fue Alcalá un asentamiento ibero llamado *Kombouto*, nombre que derivó en *Complutum* con la fundación de los romanos. Cuando la villa es conquistada por los árabes pasa a denominarse *Qual'at abd al-Salam*, apelativo del que procede Alcalá, que significa castillo. La primera referencia literaria a esta antigua población, está escrita en el *Poema de Mío Cid*:

*Mirad ahora los doscientos- y tres de la algarada,
corren sin vacilación,- todo el campo saqueaban;
ha llegado hasta Alcalá- la bandera de Minaya,
y desde allí ya lejos,- con el botín se tornaban,
subiendo Henares arriba- y por Guadalajara.*

Anónimo

En la última jornada de nuestro viaje, en la ribera del Henares, abordamos Alcalá, una ciudad ramificada en senderos importantes: la lengua castellana alcanza aquí su madurez; asimismo, aquí recibe el impulso para la proyección más allá de los confines de su origen, y además en este lugar se estima y se ensalza, con motivo singular, la figura de Miguel de Cervantes Saavedra; porque aquí nació este escritor principal, el más grande de las letras españolas.

Cuenta la Historia que desde la Edad Media fue Alcalá centro de poder civil y religioso que favoreció un almacén

urbano acorde a su valimiento. La memoria del tiempo añade que en el Renacimiento cambió de raíz a causa del proyecto de universidad ideado y amoldado por el Cardenal Cisneros, un vasto propósito que ya en vida del fundador alcanzó a reunir más de veinte cátedras. Complutense, gentilicio que procede del antiguo *Complutum*, fue el nombre con el que se bautizó a esta Universidad, que no tardó en llegar a ser uno de los grandes núcleos del saber.

«Detente viajero que ves solar de la academia Complutense, fue casa de estudio fundada por el Cardenal Cisneros. Durante siglos pasaron por ella quienes luego serían gentes ilustres...» Así nos saluda la comunidad académica, con este escrito anónimo que perdura en una de las paredes del edificio principal, el Colegio Mayor de San Ildefonso, donde nos acogen en el sosiego y la bonanza tres patios sublimes: el de Villanueva, el de Filósofos y el Trilingüe, nombrado así por ser la médula diáfana de la antigua escuela de tres lenguas clásicas: latín, griego y hebreo.

De aquí acudimos a la que fue Aula Magna, ahora Paraninfo, lugar en el que los estudiantes afrontaban su examen de doctorado. Vivieron esta experiencia alumnos que llegaron a ser eminentes creadores de la lengua castellana, como Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca y Francisco de Quevedo. Antonio de Nebrija y San Juan de la Cruz ejercieron de profesores. En los muros de esta insigne sala, a renglón seguido de las yeserías platerescas, están escritos sus nombres.

Además del rango sublime de su escritura, a Lope de Vega se le reconoce como un hombre excepcional en la sensibilidad y en el impulso vital. Tal capacidad le llevó crear una producción exuberante («monstruo de la naturaleza», le decía Cervantes) que alcanzará quizá las mil quinientas obras. Esto sirvió, según él, para ganarse enemigos, censores, insidias, envidias y sospechas.

*Dulce desdén, si el daño que me haces
de la suerte que sabes te agradezco,
qué haré si un bien de tu rigor merezco,
pues sólo con el mal me satisfaces...*



Cultivó todos los géneros literarios, en todos halló fortuna su ingenio. Hasta tal extremo le envolvió la fama de buen hacedor, que su nombre era utilizado como elogio hacia las cosas y los advenimientos que alcanzaban el favor de las gentes: «Es de Lope» se decía de una pitanza exquisita, de un paisaje hermoso, de un gesto elegante... La profusión y el crédito de la obra de Lope de Vega corrieron parejos al raudal y al éxito de sus experiencias amorosas.

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso.*

*No hallar fuera del bien centro y reposo;
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso.*

*Huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño.*

*Crear que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor; quien lo probó, lo sabe.*



Su estado sentimental irriga romances, sonetos, odas, cantares..., pero en la obra lírica de Lope también adquiere volumen el juicio sobre el acontecer literario de su época, espacio de crítica donde afila dardos de burla contra el Culteranismo, que son correspondidos por Góngora. En el teatro crea escuela valiéndose de la inspiración, la espontaneidad y la erudición; la filosofía, la teología, la jurisprudencia, dan amparo a sus argumentos. *Fuenteovejuna* —su obra dramática más conocida— muestra el honor, singular y colectivo, mancillado por un comendador que ejerce la autoridad de modo tiránico en la villa del mismo nombre. Con la sublevación, el pueblo se erige en vengador de los abusos del poder.

*A Fuenteovejuna fui
de la suerte que has mandado
y con especial cuidado
y diligencia asistí.
Haciendo averiguación
del cometido delito
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
porque conforme a una,
con un valeroso pecho
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: Fuenteovejuna.*

A handwritten signature in black ink, reading "Lope de Vega Carpio". The signature is written in a cursive, calligraphic style with a large, sweeping flourish at the beginning and a series of smaller, connected loops at the end.

«Ha puesto Lope la comedia en la perfección y sutileza que agora tiene», afirmó Tirso de Molina —continuador del teatro de Lope de Vega— creador de don Juan, personaje literario elevado a la categoría universal tras su aparición en *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*.

GONZALO:

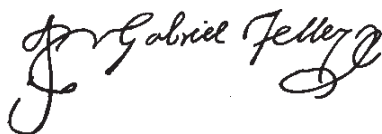
*Aquéste es poco
para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios
son, don Juan, investigables,
y así quiere que tus culpas
a manos de un muerto pagues,
y así pagas de esta suerte
las doncellas que burlaste.
Ésta es justicia de Dios,
quien tal hace, que tal pague.*

JUAN:

*Que me abraso, no me aprietes,
con la daga he de matarte,
mas, ¡ay, que me canso en vano
de tirar golpes al aire!
A tu hija no ofendí,
que vio mis engaños antes.*

GONZALO:

*No importa, que ya pusiste
tu intento.*

A handwritten signature in black ink, reading "Gabriel Ferrer". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'G'.

Asimismo, se debe a Tirso de Molina la creación del primer drama teológico de la literatura, *El condenado por desconfiado*, donde plantea el conflicto entre la voluntad divina y el libre albedrío, entre la omnipotencia sobrehumana y la libertad del hombre; interrogante atávico, oquedad del razonamiento que se ha tratado de llenar con la predestinación, la premoción, la soberanía, con el azar... ideas enigmáticas

que de sí mismo tiene el hombre, muestra obstinada de la lucha contra las barreras del conocimiento. Para Calderón de la Barca —adepto también a Lope— cada uno tenemos asignado un papel ineludible en el escenario de la vida, pensamiento que recoge en *El gran teatro del mundo* y en *La vida es sueño*.

*Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!):
¡que hay quien intenta reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!*

*Don P. Calderón
de la Barca*

Calderón conoció el patio de comedias de Alcalá, llamado Corral de Zapateros. Hoy en día es uno de los teatros más antiguos de occidente. Su evolución, mediante sucesivas adaptaciones y reformas —de corral de comedias pasó a ser teatro dieciochesco; después, teatro romántico y más tarde, cine— lo ha mantenido en pie a lo largo de cuatro siglos.

En la época en la que comenzaron las representaciones dramáticas en este primitivo patio de vecindad, al terminar la función, era costumbre cantar jácara, versos alusivos a los fanfarrones, rufianes y malandrines del lugar. «Ya se salen de Alcalá /los tres de la vida airada...» Así comienza una jácara de Quevedo, que fue alumno del Colegio del Rey.

En Alcalá encontró Quevedo la circunstancia para las aventuras del protagonista de su novela *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos, exemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Entre los estudiantes —cuyas tretas, enredos y mojigangas colindan a veces con las de los pícaros— se mueve *El Buscón* como pez en el agua.

Ellos entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros (que es todo uno), comenzaron a buscarme, y no hallándome, sospecharon lo que fue, y yendo a buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el retor el corregidor? Aquella noche anduvieron todos los patios recorriendo las caras y mirando las armas. Llegaron a casa, y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano y con un Cristo en la otra y un compañero clérigo ayudándome a morir, y los demás rezando letanías. Llegó el retor y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para cosa. No miraron nada, antes el retor me dijo un responso; preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto, se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el retor de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle fuese quien fuese. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solenizar la burla en Alcalá.

*Don Francisco de
Quevedo-Villegas*

El padre del Buscón, se declaraba «de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos que corría de que le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas»; su madre, «mujer de amigas y cuadrilla, y pocos enemigos, porque hasta los tres del alma no los tuvo por tales». Y entre los consejos, uno: «Esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal.» Desde el comienzo de ésta su única y temprana novela —la escribió a los veintitrés años— trata de probar Quevedo que no puede alcanzar la honra quien desciende de progenitores sin decoro ni decencia. Tal prejuicio no se comparte en el *Lazarillo de Tormes*, ni en *Gúzmán de Alfarache*, obras que junto a *El Buscón*, como sabemos, forman la trilogía más sobresaliente de la novela picaresca española.

Mateo Alemán —autor de *Gúzmán de Alfarache*— sufrió una vida colmada de dificultades. Se vio obligado a esquivar abundantes tropiezos y desalientos hecho que, según la crítica, le sirvió de mucho a la hora de definir la personalidad —escarmentada, errante, desconfiada— del protagonista de su novela. En cuanto al ambiente estudiantil del libro, es de creer —como ocurre en *El Buscón*— que mucho tiene de semejanza con las circunstancias que observó en Alcalá de Henares su autor cuando cursó medicina.

Si se quiere desmandar una vez al año, aflojando a el arco la cuerda, haciendo travesuras con alguna bulla de amigos, ¿qué fiesta o regocijo se iguala con un correr de un pastel, rodar un melón, volar una tabla de turrón ¿Dónde o quién lo hace con aquella curiosidad? Si quiere dar una música, salir a rotular, a dar una matraca, gritar una cátedra o levantar en los aires una guerrilla por sólo antojo, sin otra razón o fundamento, ¿quién, dónde o cómo se hace hoy en el mundo como en las escuelas de Alcalá?

Mateo Alemán

Tras la representación despreocupada y jocosa que la novela picaresca hace de la vida de los estudiantes, avanzamos en nuestro propósito, ahora por la reciedumbre académica.

Se reconoce que uno de los logros del Cardenal Cisneros en la embrionaria Universidad Complutense fue el de atraer intelectuales con suficiente peso como para cimentar el prestigio de su obra. Elio Antonio de Nebrija —humanista, lingüista, autor de la *Gramática castellana*— fue uno de ellos. Llegó de Salamanca y el Cardenal le encargó la supervisión de la *Biblia Políglota*, que aglutinó el esfuerzo, a lo largo de diecisiete años, de diferentes cooperadores versados en la lengua griega, latina, hebrea y aramea. El impresor Guillén de Brócar llegó a presentar las primeras muestras a Cisneros antes de su muerte. Esta gran obra de erudición del Renacimiento español se conserva en una hornacina enrejada, en el Ayuntamiento de Alcalá (antiguo Colegio-Convento de Agonizantes).

Nosotros, caminantes, proseguimos el sendero por el recinto histórico de Alcalá, que es *Patrimonio de la Humanidad*. En él se ubica la iglesia Magistral Catedral, una de las dos magistrales del mundo, distinción que concedía el Papa a aquellos templos cuyos canónigos eran profesores (*magister*) de la universidad. Y continuamos hasta encontrar el Palacio del Arzobispo, donde se dictó la orden de prisión contra el Arcipreste de Hita, que en la cárcel, se admite, escribió el *Libro del Buen Amor*. En este libro, obra clave del siglo XIV, compendio de la cultura literaria medieval, su autor otorgó a la salutación un grado preeminente —«Fija, mucho vos saluda uno que es de Alcalá»— y con esta muestra de ímpetu nos legó su partida de nacimiento.

El Arcipreste de Hita pretende aleccionar sobre las virtudes del buen amor, en contraposición a las contingencias del amor mundano —«un libro que los cuerpos alegre y a las almas preste»— Sin embargo, sabedor del prodigioso empuje de los sentidos hacia el deleite carnal, reconoce, con ingenio, el riesgo de malograr su intento.

Enpero, porque es umanal cosa el pecar, si algunos, lo que non los consejo, quisieren usar del loco amor, aquí fallarán algunas maneras para ello.

Arcipreste de Hita

Y llega el momento de poner los sentidos a flor de piel y dejarnos guiar por la calle Mayor —sitio de comercio judío en la Edad Media— donde nació y pasó los primeros años de su vida Cervantes. Aquí encontramos el Hospital de Antezana. En él el padre de Miguel de Cervantes ejerció de sangrador, «zurujano» se decía entonces. Justo al lado de esta institución sanitaria está el Museo Casa Natal de Cervantes, que contiene ediciones variopintas de la obra del escritor. En el patio castellano, en la cocina, en los dormitorios, en el cuarto de labor y en el despacho del padre, con sus almireces y recipientes de botica, se espeja la atmósfera usual de los primeros años de Cervantes.

Se evoca también su infancia en la antigua parroquia de Santa María la Mayor, en la Capilla del Oidor, donde se conserva la pila en que fue bautizado el 9 de octubre de 1547, tal y como reza en la partida bautismal que se guarda en el Ayuntamiento.

Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, residente en esta corte, digo: que á mi derecho conviene probar y averiguar con información de testigos de cómo yo he estado cautivo en la ciudad de Argel y como soy rescatado y lo que costó mi rescate y lo [que] quedo a deber del y como yo salí á pagallo a cierto tiempo...

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Miguel de Cervantes' with a flourish underneath.

Al calor de la sugestión cervantina de estos lugares, podemos recurrir a la memoria del tiempo y recordar que tuvo Cervantes una existencia colmada de aventuras y de peripecias dispares, que le llevaron en varias ocasiones a prisión. Que tomó parte, entre otras campañas militares, en la batalla de Lepanto, donde malogró la mano izquierda. Que ulteriormente cayó prisionero en Argel, en cuyas mazmorras pasó cinco largos años, confinamiento que trató de aminorar con cinco intentos de fuga que fracasaron, en su mayor parte, a causa de las delaciones. Sólo el pago del rescate pudo liberarle.

*Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido,
que, pues lo imposible pido,
lo posible aún no me den.*

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Miguel de Cervantes', with a large, sweeping flourish underneath.

Después de su regreso a España inició Cervantes una serie de demandas buscando recompensa a los servicios prestados. A la par comenzó a escribir. En Alcalá de Henares publicó por primera vez. Aquí se imprimió la parte inaugural de *La Galatea*. Los críticos concurren en manifestar que des-

de este arranque Cervantes se mostró innovador: concibió cuatro historias secundarias, cuatro ideas del amor que confluyen en una principal, el sentimiento que une a dos pastores: Elicio y Galatea.

(...) aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fue de tan alto y súbito entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas, y al discreto tracto de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura. Por los infinitos y ricos dones con que el cielo a Galatea había adornado, fue querida, y con entrañable ahínco amada, de muchos pastores y ganaderos que por las riberas del Tajo su ganado apascentaban; entre los cuales se atrevió a querela el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitía.

A handwritten signature in black ink, likely of Miguel de Cervantes, featuring a large, stylized initial 'M' and the name 'Cervantes' written below it.

Escribió poemas y comedias, pero el mejor acomodo a su ingenio lo halló en la prosa. *Rinconete y Cortadillo, La gitanilla, Los trabajos de Persiles y Sigismunda...* y uno de los libros más editados del mundo y, según se ha dicho, la más grande novela de todos los tiempos: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino.

A handwritten signature in black ink, likely of Miguel de Cervantes, written in a cursive style. The signature is somewhat stylized and includes the name 'Miguel de Cervantes' in a smaller, more legible script within the larger flourish.

Tradicionalmente se ha resaltado en el personaje de don Quijote la fe en los valores del espíritu —quijotismo le decimos a la abnegación, al altruismo, al ideal elevado— y en su escudero Sancho Panza, el materialismo que rezuma del sentido pragmático. Entre la tendencia al infinito y el sometimiento al rigor de la inmediatez, cabalgan los dos arquetipos, meten «las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras», y tejen en nosotros la realidad de nuestras ficciones y la ficción de nuestra existencia.

Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido lo coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos.

—También debe ser castigo del cielo —respondió Sancho— que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y los embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos a acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho —respondió don Quijote—, que naciste para dormir; que yo, nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda a mis pensamientos y los desfogaré en un madrigalete, que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.



Se ha dicho que *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* representa el inicio de la novela moderna y que supone un referente fundamental en la literatura mundial. Su lectura tiene tantas capas y matices como exigencias plantee el lector. La mayoría de los interrogantes de la vida parecen

hallarse en estas páginas, de tal modo que, más allá de la ubicación narrativa, resulta una obra sin lindes geográficos, una historia universal.

Cervantes, en su libro, da a conocer «tal arista del espíritu humano que (...) los que vivieron antes que él se fueron de la vida, respecto de las cosas del alma, como los que murieron antes de 1492 respecto del mundo físico». Así lo afirma Manuel Azaña —político y escritor— oriundo también de Alcalá. La casa que le vio nacer linda con la de Cervantes. Una figura en su memoria se alza hoy en dirección al río Henares. Ejerciendo el abuelo de Manuel Azaña potestad en la alcaldía, se erigió el monumento a Cervantes que domina la plaza del mismo nombre, un lugar destinado desde la Edad Media a ferias y fiestas populares, una glorieta luminosa donde estudiantes, jubilados y paseantes de chiquillos dan cita a la tertulia. Entre ellos continuamos el camino de la rememoración cervantina.

*(...) no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.
—Vale.*

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Miguel de Cervantes" with a flourish underneath.

En este empeño de la remembranza visitamos además el Monasterio de San Bernardo, fundado por el Cardenal Bernardo de Sandoval y Rojas, mecenas de Cervantes. Después

el Colegio del Rey —en el que estudió Quevedo— fundado por Felipe II, actualmente sede central del Instituto Cervantes, institución pública para la promoción y la enseñanza de la lengua española; esa herencia cultural que nos constituye en comunidad a cuatrocientos millones de hispanohablantes, el patrimonio más compartido, el arquetipo mental de las cosas comunes.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Elio Antonio de Nebrija". The signature is highly stylized and cursive, with a large, sweeping flourish at the bottom.

En el prólogo de la *Gramática castellana*, que se edita en Alcalá en el año del descubrimiento de América, Elio Antonio de Nebrija interpreta que la lengua es el elemento que identifica a un pueblo y, para que quede constancia de su de-

terminación política, añade que debe llevarse a cuantos lugares acudan las fuerzas militares.

Que siempre la lengua fue compañera del Imperio y de tal manera lo siguió que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron.

Antonio De Lebrija

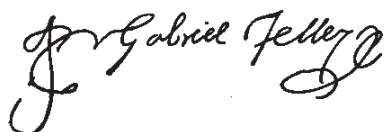
En Alcalá, el idioma castellano, por la mano de Nebrija, define la normativa, fija el código que le asiste para perdurar y esparcirse; recibe así el primer impulso para surcar los mares hasta otros continentes. Relacionada con el descubrimiento de América está la Casa de la Entrevista, situada cerca del Palacio Arzobispal, llamada de tal modo en recuerdo de la primera recepción que aquí concedió Isabel de Castilla a Colón.

A partir de Isabel y Fernando, los *Reyes Católicos*, la lengua castellana emprende un envión portentoso: con la unidad política, el castellano se extiende por todo el territorio del reino y su nombre se asimila a *español*. Es también en este periodo cuando el español rebasa las fronteras: hacia Europa, el norte de África y Oriente Próximo a causa del éxodo judío —entre cuya cultura pervive como serfardí— y hacia el *Nuevo Mundo* en una aventura expansiva de muy diferente alcance.

El descubrimiento, la exploración, la conquista y la colonización de América es motivo histórico que ha desatado la inspiración literaria desde entonces hasta nuestros días: Lope de Vega, ensalzó la fe de los conquistadores por encima de la codicia; Ramón del Valle Inclán, denunció el legado de abuso de poder; Ramón J. Sender, escribió de las correrías de

Lope de Aguirre; Nicolás Fernández de Moratín celebró la gesta de Hernán Cortés; Tirso de Molina, la de Pizarro...

*Crecen de modo estas plantas
que llevándose a Castilla
un árbol solo, pudiera
sazonar cuantas cocinas
tiene la gula en España,
y estárale agradecida
a don Gonzalo Pizarro
que descubrió su conquista (...)*

A handwritten signature in black ink, reading "Gabriel Ferrer". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'G'.

Tras la conquista, con la propaganda de la doctrina y las ideas del Imperio, la lengua de Castilla trasciende el confin de los mares, inicia otro de sus caminos, recorrido principal en el que se grana el encuentro entre dos mundos. A partir de la alfabetización de los indígenas, el idioma colonial transcurre paralelo al mestizaje cultural, el castellano se articula con elementos quechuas, araucanos, caribeños, guaraníes... va buscando soberanía en la prosodia, en la sintaxis, en el sentimiento...

El Inca Garcilaso inicia la dimensión literaria del habla castellana en América, que posteriormente avanza con rumbo propio, con otro sentir y acontecer, hasta culminar en los narradores hispanoamericanos de hoy. Algunos de los más prominentes han recalado en Alcalá de Henares al ser reconocidos con la máxima distinción del idioma español, el Premio Cervantes de Literatura que aquí se otorga cada año el 23 de abril, aniversario de la muerte del autor más sobresaliente de las letras españolas. En una de las paredes del Pa-

raninfo, lugar donde se celebra el acto, se van sumando cada año las efigies de los premiados.

Acabo de escribir «infinita». No he interpolado ese adjetivo por una costumbre retórica; digo que no es ilógico pensar que el mundo es infinito. Quienes lo juzgan limitado, postulan que en lugares remotos los corredores y escaleras y hexágonos pueden inconcebiblemente cesar —lo cual es absurdo. Quienes lo imaginan sin límites, olvidan que los tiene el número posible de libros. Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: «La biblioteca es ilimitada y periódica». Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repito, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.

J. M. Luis Borges

Creadores de Argentina, Cuba, Uruguay, México, Perú, Paraguay, Chile... y de España; vinculados en el homenaje y en el idioma; enlazados por la inclinación a escrutar el mundo, a investigar la ambigüedad, a sobrevivir, a vivir otras vidas; que esto y más se ha dicho del oficio de escribir.

Con su recuerdo finalizamos la jornada. Con su expresión, con fragmentos de su paisaje interior, nutridos de luz y de preguntas, encendemos las linternas imaginarias que surcan este —nuestro— crepúsculo de Alcalá.

*Soy hombre: duro poco y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben. Sin
entender comprendo: también soy escritura y en
este mismo instante alguien me deletrea.*

Octavio Paz

VIII
Los recuerdos

De vuelta a casa, al deshacer el hábito errante y el equipaje, tal vez encuentres una postal, acaso otro recuerdo adquirido a lo largo del camino, este libro que lees... quizá también una fotografía, la idea de un espacio, de un rincón, de una vivencia indeleble... recuerdos fugaces de un viaje, tiempo detenido en el papel o en un lienzo; tiempo modelado en el barro, labrado en la madera, fraguado en el metal y hasta en el plástico más moderno, que el hombre siempre tuvo vocación de dar captura al devenir y los siglos no han merchado en él ese empeño de inmortalizar lo efímero.

Si guardas alguno de estos recuerdos en tu florilegio particular, al contemplar, en un instante futuro, el anaquel de tus vivencias, sentirás que el pasado fluye en tu imaginación, aquello que fue volverá a esa forma de ser etérea que anida en la evocación. Fingirás en ti la posesión de los días pretéritos, revivirás este viaje que ahora termina y, en el repaso, no olvidarás que anduvimos el camino guiados por los más grandes cazadores de tiempo, esos tramperos de palabras y de vida que son los escritores.

En sus páginas nos dejaron la experiencia, la esencia de los días consumidos y también la fantasía que, junta y revuelta con la esperanza, engendró en nosotros la utopía. Todos hicieron camino al escribir, los antedichos en este viaje y aquellos que, trazando otras rutas, nos legaron del mismo modo su tiempo. Tiempo, aquello que es ido y acabado o el instante de la lucha, por hablar de otras caminerías literarias como la de Jorge Manrique o la de Pablo Neruda. Tiempo, lo que no privilegia a nadie, a decir de Baltasar Gracián. La nostalgia del Duque de Rivas, y también la visión efímera de los intereses,

que fue cosa despejada por Jacinto Benavente. El torrente que se despeña, en Rosalía de Castro; el soplo, en Carlos Bousoño; lo que se va gastando, en Carmen Conde. Tiempo, eso que sólo fuera de José Hierro se detiene. García Márquez lo midió en horas de soledad; en desasosiego, que es otra forma de medir, lo hicieron Ernesto Sábato y Julio Cortázar. Invencible, lleno de vacíos y plenitudes se muestra en Luis Rosales. Tiempo: Emilia Pardo Bazán, José María Pereda, Tomás de Iriarte, Echegaray, Fernán Caballero, Dámaso Alonso, Vargas Llosa, Gómez de la Serna, Dámaso Alonso, García Nieto, Antonio Gala, José Ángel Valente, Jorge Edwards...

Tiempo, tiempo, tiempo... cifra de la eternidad hallada por Luis Cernuda. Lo que se mueve, la memoria que avanza por las páginas de Muñoz Molina, y corre por las de Buero Vallejo en una inquietante carrera de obstáculos. En León Felipe, es romero solo que cruza; en José Bergamín, nubes que se arrastran por los cielos; aquello que en Vicente Huidobro va pasando y pasando. Con lo que Roa Bastos describe lo ya escrito, con eso que Fernando Arrabal hace sumas de lo absurdo y Mario Benedetti obtiene el fruto de lo acontece. La historia de un alma, de J. Carlos Onetti; el agua quemada de Carlos Fuentes, la razón poética de María Zambrano. En Ortega y Gasset, la reabsorción de la circunstancia.

Tiempo, que también es isla asida al tallo de los vientos descubierta por Dulce María Loynaz del Castillo. Tiempo, tan pequeño, Cesar Vallejo, que el día apenas cabe en él; tan grande como el momento perpetuo de Gabriel Celaya. Fotogramas de *flash back* que escribe Cabrera Infante; el tantas veces «pero» de Bryce Echenique, el devenir polifacético de Max Aub. Bioy Casares lo sabe con haces paralelos a los haces del espacio; con lagunas de semanas y semanas, Alejo Carpentier. José Luis Sampedro, lo dice en el mañana sin precisión que significa alguna vez; Manuel Vicent, en el reloj de la perplejidad.

Tiempo, el son desnudo del verso de Nicolás Guillén, la búsqueda de Juan Goytisolo, lo incompresible de la existen-

cia en Pío Baroja. El «yo le vi pasar» de Gabriela Mistral. El único argumento de la obra de la vida, en Gil de Biedma; la trayectoria imparabable de las ideas de Vicente Aleixandre, Valle Inclán, Blasco Ibañez, Miguel Ángel Asturias, José Martí, Miguel Hernández...

Todo tiempo, un universo de palabras en un mismo idioma, tiempo del que nos alimentamos y donde hallamos la dimensión de cuanto somos. Siempre tiempo.

*Ayer se fue, mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto;
soy un fue, y un será, y un es cansado.*

*Francisco de
Quevedo-Velazco*

Agradezco el favor y la atención de Juan Luis Panero,
Claudio García Turza, José Jiménez Lozano,
Jacinto Herrero Esteban, Gustavo Bueno, Aitana Alberti León,
Juan B. Olarte, Sabina de la Cruz; así como la asistencia
de la Biblioteca Nacional, el Centro Cultural Generación del 27,
el Instituto de México en España,
la Embajada de Argentina, las editoriales Destino y Espasa y Calpe;
y también la ayuda de todos los que han prestado su experiencia
y su tiempo para hacer realidad este libro.

Roberto Hoya Salcedo

EL CAMINO DE LA LENGUA CASTELLANA
es un proyecto cultural impulsado por:

Ministerio de Educación y Cultura

Gobierno de La Rioja

Junta de Castilla y León

Comunidad de Madrid

Diputación de Valladolid

Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares

Excmo. Ayuntamiento de Ávila

Exmo. Ayuntamiento de Salamanca

Excmo. Ayuntamiento de Valladolid

“...revivirás este viaje que ahora termina, y en el repaso no olvidarás que anduvimos el camino guiados por los más grandes cazadores de tiempo, esos tramperos de palabras y de vida que son los escritores”.



PAISAJE INTERIOR CON LETRAS conduce al lector a través de la parte sustancial de aquellas tierras en las que germinó y ganó vigor uno de los idiomas más hablados del mundo, el castellano.

En este viaje por el CAMINO DE LA LENGUA CASTELLANA se funden el recorrido en el espacio, con las sendas de la memoria y las huellas del sentimiento. La Rioja, Burgos, Valladolid, Salamanca, Ávila y Alcalá de Henares, paraderos labrados por la historia y el arte, son a la vez la trama de un paisaje literario de donde fluyen los universos de Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Unamuno, Azorín, Teresa de Jesús... también el de Delibes, Jorge Guillén, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute... Además el lector, e irremediablemente viajero, se topará con otro paisaje, único, portentoso y redentor, el de su mundo interior.

Se trata de un libro de pasos y letras, andadas y palabras, que sin duda nos ayudará a rastrear la conciencia de nuestra propia voz.